

BOLSILIBROS
BRUGUERA

 SERIE
**PUNTO
ROJO**

la fosa rebosa

peter debry



COLECCION

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

LA FOSA REBOSA

Colección PUNTO ROJO n.º 419

Publicación semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 12.551 -1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1970

© PETER DEBRY - 1970

sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER-1970

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A. Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos *los personajes* y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.159. — Pista para pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.028. — Intruso en las tinieblas.

En Colección BUFALO:

851. — El pistolero de la mano muerta.

En Colección CALIFORNIA:

623. — Tiros por la culata.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614. — Legionarios del «Colt».

En Colección COLORADO:

462. — Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

418. — Ejecución a domicilio.

En Colección ASES DEL OESTE:

374. — «Kentucky Joe».

En Colección BRAVO OESTE:

413. — Mercenarios del plomo.

En Colección KANSAS:

620. — Escuadrón bárbaro.

CAPITULO PRIMERO

Un avión de la Swissair se elevó del aeropuerto de Ginebra, aterrizando cuarenta minutos después en Orly- París.

Dos de los pasajeros, Chambord y Grimaldo, no tenían equipaje. Ni siquiera el maletín-portafolio de los hombres de negocios que saltan rápidamente de capital en capital.

Chambord, a quien incumbía encontrar al «pájaro raro», no llevaba arma alguna. El sonriente Grimaldo, encargado de escoltar y vigilar al canadiense Chambord, llevaba solamente un estilete.

Pero era un gran experto en el manejo de aquel cuchillo plano y delgado como un cortapapeles hundido hasta la empuñadura bajo la solapa de su americana. En el bolsillo interior, estrecho, previsto para bolígrafos.

Sus pasaportes sobrecargados de sellos y visas retuvieron apenas un instante la atención del policía del aeropuerto. A diario veía desfilar fisonomías aún más patibularias sobre vestimentas de gran calidad.

Al dejar atrás la ventanilla de control, dijo Chambord:

—Yo me ocuparé del taxi. Tú te las arreglas para los billetes. Tres reservas de regreso para el mediodía. La compañía de vuelo poco importa.

Grimaldo miró su reloj. Hizo una mueca.

—Perderemos casi dos horas transitando de Orly a París y viceversa. Esto nos deja apenas un margen de tres horas. ¿Te parece bastante?

—Es asunto mío. No te inquietes sin motivo justificado. La dirección dada por el profesor debe ser la acertada.

Fuera, el alba no había perforado todavía el cielo negro y frío de diciembre.

Chambord llegó a un acuerdo para toda la mañana con el conductor de un «DS» azul. El cliente se enfundaba en un mullido «Loden» algo sucio y muy usado.

Pero su aplomo, su modo directo de abordar el asunto y su acento americano, denotaban al viajero internacional experto en las breves escalas.

No tardó mucho en acudir Grimaldo. Encontró a su compañero de viaje sentado en el coche con un plano de París desplegado sobre las rodillas.

Estaba dándole instrucciones al chófer:

—Primero embala directamente hacia el puente d'Alma. Luego, busca un pedazo de acera entre la calle Marbeuf y la avenida Montaigne. Será en este sector donde deberemos pasarnos la mañana. Mientras, usted espera tranquilamente en su cacharro manteniendo el motor ronroneando... ¿Comprendido?

—Perfectamente.

El «DS» fue progresivamente adquiriendo velocidad.

Grimaldo, arrellanado en una esquina, ostentaba una expresión ceñuda. Palpaba con frecuencia su corazón. Le agradaba sentir contra el dorso de la mano el contacto del mango del estilete.

Entre dientes comentó en un inglés nasal, americano:

—Hablas mucho. Demasiado, creo yo.

—Lo que tú crees me importa un rábano, Grimal.

—Hasta muerto charlarás en tu caja. Un día de éstos tus comanditarios se harán pescar a causa de tu verborrea.

—Cierra el pico, cuervo —rió Chambord—. Tú eres el ejecutor del consorcio, pero soy yo el que dirige esta faena. Déjame tranquilo y límitate a echar ojeadas a ratos perdidos a ver si pasa algo a espaldas nuestras.

—Nadie nos sigue. Por ahora.

El resto del trayecto lo hicieron en completo silencio.

No simpatizaban.

* * *

Cada mañana, Gil Duclos efectuaba personalmente la apertura del Clos Bar ayudado por su *barman* de confianza.

Bajó del piso a las siete en punto, afeitado, impecable en su chaqueta blanca, camisa rosa, y pantalón ámbar.

La silueta del joven Silvio se deslizó casi inmediatamente por el umbral, cerrando la puerta de cristales amarillos y azules.

—Hace un frío siberiano —dijo Silvio encajando el gran cubo de basura en el compartimiento desodorizado bajo el mostrador—. ¿Enciende el cartel?

—Todavía es pronto.

—Encienda de todos modos, patrón. Le apuesto lo que sea a que verá aparecer un par de clientes.

Por curiosidad, Duclos pulsó los conmutadores, y se volvió hacia la puerta.

Dos hombres acababan de entrar sin ruido. El más joven, alto, de rostro brutal, enrojecido por el frío, tenía el cabello rubio cortado a navaja en forma de casco. Felpudo por un igual de nuca a sienes y frente.

Su mirada azul brillante tenía destellos burlones.

—Quisiéramos comer algo caliente —pidió en francés con acento yanqui.

Duclos contestó en inglés, y solícito les mostró la salita del fondo que servía de club a sus clientes de medianoche.

El otro desconocido, moreno, macizo, se cubría con un tirolés negro, un abrigo de pelo de camello y enrollaba en torno a su cuello una corbata roja.

Su rostro redondo de grandes ojos tristes sonreía de un modo tan desagradable que Duclos lamentó su primer reflejo de bienvenida.

Volvió a tranquilizarse al ver de pronto una silueta que le hacía una señal elocuente a través de la puerta encristalada.

Zac Lazar, el chófer del «DS» azul.

Dirigiéndose hacia la salida dijo Chambord:

—Sírvale también al chófer del taxi por nuestra cuenta. Lo que quiera, sin abusar.

El chófer guía y gancho del Clos Bar empujó la puerta y vino a instalarse discretamente a un extremo del mostrador.

En voz baja informó al dueño:

—Acabo de recogerles en Orly. Tienen que resolver un asunto urgente por el barrio. Pero solamente son aves de paso.

—¿Qué asunto han de resolver?

—Lo ignoro. Dormitaron la mayor parte del trayecto.

Tras ellos, Silvio se afanaba entre la tostadora y la parrilla donde crepitaban ya las bandejitas con huevos y jamón.

Duclos contorneó el bar para examinar a los dos desconocidos bajo una luz más propicia.

—¿Les sirvo algo para acompañar el café?

Grimaldo se echó atrás el tirolés. Y puntualizó:

—Coñac, seco y suave. Nada de líquido que sea enjuague de frascos.

—Puedo servirles un excelente reims del 60 puro terciopelo.

Interesado por la referencia, miró Grimaldo a su compañero.

—¿Antes o después?

—Antes y después —decidió Chambord—. Tenemos tiempo sobrado para reconfortarnos. La puerca barraca no abrirá sus puertas antes de las nueve... Usted, traiga ya su frasco de terciopelo.

Duclos se apresuró a servir a aquellos clientes que no preguntaban precios. Volvió a acodarse tras la caja.

Zac Lazar se desplazó lentamente a lo largo del mostrador, desabrochándose el cinto de su canadiense forrada de piel de cordero.

No había terminado su información rutinaria:

—El que lleva el timón y da las órdenes es el rubio. Me indicó que aparcase a cien metros de aquí.

Arqueó Duclos las cejas.

—¿Dónde, exactamente?

—Calle Tolstoi, delante mismo del número treinta y seis. Se quedaron un buen rato dentro del coche para examinar los contornos y, sobre todo, el zaguán del edificio. ¿Conoce el sitio, patrón?

Duclos miró fijamente el vacío por unos instantes. Dijo por fin:

—Modas y bagatelas en todos los pisos. Así, a primera vista, nada que pueda interesar a dos tipos de esta calaña.

—Olvida usted la oficina de la planta baja, que está al fondo del patio interior.

El rostro sonrosado de Duclos se dilató en sonrisa satisfecha.
—Ah, ya. Claro. La agencia Rochemont.

* * *

Un día crepuscular se inició a partir de las ocho y las calles de los alrededores empezaron a animarse.

Hacia las ocho y media, una furgoneta abandonó su pedazo de bordillo entre el 34 y el 36.

Lazar, estacionado en el lado impar, dio inmediatamente una media vuelta para ocupar el espacio vacante.

El «DS» quedó cerca de la bóveda baja y mal iluminada, pero suficientemente iluminada para que, con sólo volver la cabeza, Chambord pudiese descifrar una por una las placas a cada lado de la entrada.

Dedicó su mayor atención al rótulo cuyas letras en purpurina destacaban sobre la placa de bronce:

AGENCIA ROCHEMONT
Traducciones técnicas y comerciales
Intérpretes. Secretariado. Todos los idiomas
(Puerta D, al fondo del patio)

Grimaldo comentó de mal humor:

—El aspecto es mísero y repelente.

Apeándose, se dirigió Chambord hacia el portal. Alargando la zancada, emparejó Grimaldo.

—Aquí no encontrarás lo que buscamos. Nos pasearemos inútilmente por París. Hubiera sido mejor buscar en Zurich y contactar el grupo de intérpretes especiales. Ya nos facilitaron gente para otros asuntos tan delicados como este mismo. Te habrían prestado el hombre indispensable y adecuado.

—Tienes la memoria corta o embotada, Grimal. Cuando haya hecho uso de nuestro pájaro, Harif le hará cortar lengua, alas y cuello.

—Es verdad. No podíamos acudir a la SIE de Zurich. Somos clientes serios. Ese Harif es muy prudente.

—Más que prudente es cochinemente desconfiado —sonrió Chambord—. Para ese cerdo tú mismo, Grimal, eres tan sospechoso como yo.

—Hay que ver qué mundo... Nadie se fía de nadie —y por vez primera la risita del egipcio tenía sincera alegría.

En los minutos siguientes fueron desfilando por el zaguán empleados de ambos sexos. Algunos, en vez de subir las escaleras, penetraban por los soportales del patio.

A las nueve, las seis ventanas polvorientas del patio se iluminaron de golpe.

Chambord aplastó la colilla con el tacón y se encaminó hacia la puerta D.

Sentada al fondo de la sala de traductores, Berta Rochemont distribuía las primeras tareas a los empleados de la agencia.

La muchacha, de greñas rubias y lacias, de largas piernas realzadas por la minifalda y por hallarse sentada tras la mesa de recepción, contempló sin pestañear al primer visitante de la mañana.

Un guapo con cara de bruto bienhumorado. Seguramente desearía colocarse como eventual. El contingente de traductores formaba siempre una masa inestable y fluctuante.

—¿Qué desea?

—Hubiese deseado primero que me sonriese, diciéndome: «Buenos días. La vida es bella», etcétera. Y ahora quiero ver a Rochemont lo antes posible.

Como una linda máquina bien engrasada contestó ella:

—Nunca está aquí hasta las once. Pero mientras puede usted rellenar una ficha. Le recibirá seguramente al mediodía.

Con el índice hacía resbalar sobre la pulida mesa un cuestionario impreso.

Chambord empujó con el índice el impreso hacia la recepcionista y sonrió afablemente:

—No me entendió bien, ninfa. Quiero ver a Rochemont. Inmediatamente. ¿Está claro o no, preciosidad?

Iba ella a contestar agresivamente. Pero en los ojos azules del visitante ya no había el menor buen humor. Había una fría dureza casi sádica.

La noche anterior había visto ella un telefilme, donde el personaje simpático, el chico, resultaba luego ser un asesino implacable, y tenía la misma mirada azul cobalto.

Levantándose presurosa dijo ella:

—Espere un segundo. Avisaré a la señora Rochemont.

Apenas se alejó ella, Chambord levantó el panel de bisagras del mostrador, atravesó la sala en tres zancadas y empujó la puerta del fondo, en cuyo cristal se leía «Dirección».

Entrando se encontró ante un hombre canoso y rechoncho, sentado tras una larga mesa repleta de carpetillas y gavetas.

Justin Rochemont era una sinfonía de pana azul. Sus ojos velados por el color pardo de sus gafas y la boca gordezuela le daban una engañosa apariencia de profesor bonachón.

Chambord, alzando el muslo derecho, se instaló en la esquina de la mesa.

—¿Rochemont es usted?

—Media vuelta, lárguese y pase por el conducto reglamentario —indicó Rochemont sin alzar el tono—. No me gusta que se presenten así.

—He venido a verle por recomendación del profesor Krieg. El motivo de mi visita solamente nos incumbe a usted y a mí.

Berta Rochemont asomaba el rostro por la puerta entreabierta. Se retiró de inmediato ante la mirada imperativa de su marido. Cerró cuidadosa y lentamente la puerta desde fuera.

Justin Rochemont carraspeó señalando un sillón al visitante.

—No era necesario que forzase mi puerta de este modo. El nombre de Krieg es aquí un «Sésamo» seguro. Fundó esta agencia, que me traspasó, y siempre sostuvimos excelentes relaciones.

—Debo marcharme antes del mediodía. Sin falta. No puedo perder el tiempo en preliminares de cortesía.

—¿Cuál es su problema?

—Tengo que organizar el protocolo de una entrevista entre cinco interlocutores que proceden de distintos horizontes: un americano, un árabe, dos japoneses y un ruso. Los japoneses hablan inglés, pero el ruso y el árabe solamente hablan su propio idioma. Para evitar que resulte un diálogo entre sordos, sería preciso encontrar el lazo de unión entre el árabe, el ruso y los tres que hablan inglés. Es decir, un intérprete trilingüe capaz de aclarar instantáneamente para todos las preguntas y respuestas.

—No es una dificultad insuperable —opinó Rochemont—. Basta que el ruso y el árabe busquen entre sus familiares o íntimos alguien que hable inglés, para conectarse primero entre ellos y luego con los japoneses y el americano.

—Queda excluido que los interlocutores en cuestión hagan intervenir en esta reunión gente allegada. Además, se negarían a hablar ante varios intérpretes. Necesito solamente uno.

—A condición que sea trilingüe, lo cual no se encuentra en cada esquina, sobre todo en lo que concierne a un intercambio ruso-árabe. ¿Cuál será el tema de la entrevista?

—Se pasarán revista, especialmente, a cifras y fechas. El viejo Krieg me garantizó que usted era digno de confianza. Sin embargo, en un asunto de esta índole, la discreción requerida no depende totalmente de usted solo. Depende también de que sepa elegir el intérprete.

—No nos apresuremos demasiado. No he dicho todavía que pueda hallarle en mi agencia.

En la pausa de silencio, Rochemont borró toda expresión de sus facciones para aumentar la impaciencia en su visitante y disminuir su resistencia en materia de precio.

Chambord dijo repentinamente:

—He contado hasta siete. Cuando vuelva a contar hasta cinco, me voy.

Suspiró Rochemont:

—En fin, tiene suerte... El pájaro raro que busca usted podría hallarse ahora quizá tras el Telón de Acero, o en África, o en China, como remolque

de una conferencia o de una misión económica. Hoy, por suerte, lo tengo bajo mi mano.

Colocó la mano sobre el teléfono mirando a su cliente con ojos interrogantes.

—¿Cuánto? —preguntó Chambord.

—Dos mil francos por la jornada. Bien entendido, y como es la costumbre, sus mandatarios quedan libres de añadir una remuneración personal que no entra en cuenta.

—Es caro.

Meneó Rochemont la cabeza, apenado.

—Seamos sinceros. Entre el personal europeo de la Unesco, la Berlitz, y otras excelentes reservas de intérpretes, le sobraba dónde elegir. Ahora bien, vino usted directamente a mi agencia. En los demás sitios mencionados hubiese tenido que rellenar un cuestionario de cuatro páginas con referencias. Es decir, dejar rastro. Yo ni siquiera le he pedido cómo se llama.

Chambord extrajo un fajo de su bolsillo interior y desprendió cuatro billetes de cien dólares, que aplastó sobre la mesa.

—Sólo para una jornada —insistió Rochemont.

—De acuerdo. A las seis de la tarde le devolveré a su hombre.

—Es una mujer. ¿Hay objeción?

—No, pero espero que no me sacará de sus armarios una vieja con aspecto de loro sabio.

Rochemont alzó el aparato telefónico y mientras marcaba números expuso:

—Karen Benedek habla corrientemente diez idiomas. Es además una joven muy bonita.

CAPITULO II

Lorelei ya estaba allí, sentada en su sitio acostumbrado, frente a las luces de la calle.

Removía la cucharilla en la taza con movimiento distraído, ausente de lejanía.

Pascal Laurent la buscó a través de los cristales antes de empujar la puerta. La había apodado Lorelei por sus cabellos de un rubio muy pálido y por sus grandes ojos grises, de un gris de río misterioso.

Llegaba siempre sola, y se marchaba sola, tras haber mordisqueado dos tostadas con jamón y queso, acompañándolas de té.

No demostraba el menor interés por ningún cliente del Clos Bar. Dedicaba exclusivamente su atención al rectángulo dorado de la puerta, al trocho de acero donde desfilaban los transeúntes de las seis.

Silenciosa, casi inmóvil y siempre solitaria, Lorelei embujaba las dos horas de tregua y reposo que Pascal Laurent se otorgaba como intervalo de su vagabundeo.

Un vagabundeo especial entre la redacción de su periódico, las tribunas del hipódromo y algunos clubs menos tranquilos que el Clos Bar.

Gil Duclos tenía una clientela selecta. Proporcionada por los camareros de los hoteles George V y Piazza.

Los ricos forasteros saliendo de ambos hoteles no tenían más que girar la esquina para disfrutar del discreto ambiente del Clos Bar.

Gil Duclos descorchó un cuarto de Heidsieck Brut y llenó a medias la larga copa estrecha de su asociado en las apuestas mutuas.

—¿Nada nuevo? —preguntó Laurent designando el local con el pulgar.

—El turista sueco de anoche volvió a la carga. No tuve ni tiempo de intervenir. La que llamas Lorelei le contestó amablemente en su propio idioma. Varias palabras dulces, pero que juntas debían formar un insulto contundente. El turista se quedó turulado.

—Como ves, es cierto lo que te afirmé. Esta ninfa no es una aventurera buscando plan.

—O tal vez conoce la consigna número uno de mi local. No admito buscadoras o busconas. Pero me intriga esta muchacha, Pascal.

—Esperará su hora. Una de estas noches, el más rico y el más feo de tus clientes picará el anzuelo. Y la inocente Lorelei se lo llevará como un perrito para convertirlo en marido. Y no volverás a ver a nuestra Lorelei.

—Lo lamentaré sinceramente, primero porque desempeña maravillosamente su papel de joven solitaria, y segundo porque intriga a todo el mundo, que se hace preguntas sobre ella sin hallar respuestas.

—¿Tus camareros no han intentado sonsacarla?

—Silvio y Gastón la sirven hace cerca ya de quince días y desesperan de sacarle algo más que monosílabos, a veces una leve sonrisa. ¿Por qué no intentas suerte? Eres joven, dicen que guapo, y te sobra cara. ¡Ah, si tuviera yo veinte años menos...!

Pascal Laurent se apartó del mostrador, fijos los ojos en la nuca rubia de Lorelei, que sobrepasaba del mullido respaldo rojo de la última banqueta.

Laurent circuló entre las mesas como un ocioso que se aburre y busca calor humano.

Se encontró con naturalidad frente a Lorelei.

Un guapo mozo elegante, que sin el menor equívoco, decía:

—Soy un poco maniático, pero no imbécil. Hace quince tardes que intento colocar un nombre a su persona. Y me doy cuenta que ninguno le encaja convenientemente.

Contestó ella con sencillez:

—Me llamo Karen.

—¿Sueca?

—Mi madre era alemana.

Hablaba con un acento muy ligero, que añadía encanto a su voz.

—¿Se siente capaz de soportar mi compañía durante cinco minutos, Karen?

Ella no dijo que sí ni que no. Permaneció erguida y lejana en su banqueta. Laurent atrajo una silla, sentándose ante ella.

Notó con rápida ojeada que el traje sastre, de buen corte, tenía bastante uso, que la blusa camisera granate no era de primera calidad. Había también indicios de desgaste en la gabardina azul que llevaba echada sobre los hombros.

Un busto precioso, bien nutrido.

—Según las normas, debo presentarme. Me llamo Laurent, pero prefiero el nombre, Pascal. Fue un gran filósofo. Supongo que sabrá a qué me dedico...

Karen volvió un poco la cabeza hacia el salón de discreta luz que se abría en la prolongación del bar.

Una especie de club sin nombre, para turistas bebedores y jugadores.

—Usted forma parte de la banda —dijo ella.

—Sí, pero solamente en calidad de parásito. Vengo a ser como un ocioso profesional. Me ocupo de los pronósticos de carreras de caballos en el *Turf*, la columna del periódico más chismoso de París. Doy datos siempre seguros sobre ganadores.

Apenas prestaron atención a la mano de Duclos colocando la copa de Laurent y sirviendo un segundo cuarto de champaña.

Duclos se retiró prestamente, con su profesional discreción.

Por vez primera ostentó ella un esbozo de sonrisa.

—Si tuviese seguridad en qué caballo gana, sería usted multimillonario.

—Lógicamente, Karen. Pero el truco es fácil. Elijo la carrera con menos participantes. Siete u ocho pencos. Al oído de cada aficionado deslizo un nombre distinto. Siete u ocho. Uno de ellos siempre gana.

—A esto le llaman cinismo.

—No. Se llama, en juego, cálculo de probabilidades.

—¿Por qué varias veces le sorprendí mirándome con mucha insistencia..., que no era molesta?

—Cada vez que entraba usted, parecía que acababa de tener una pesadilla. Generalmente, esta expresión se disipaba en algunos minutos.

—Vengo aquí simplemente porque es un sitio tranquilo. Le confesaré que, cuando usted me habló, estuve a punto de levantarme y marcharme.

—Yo realizaba solamente una comparación.

Se ladeó un poco para orientar su mirada.

—Aquella esplendorosa morena que está allí sentada con el calvo, se siente muy infatuada de su seducción. Pero es oropel, pacotilla, quincalla. Usted, Karen, tiene algo infinitamente precioso que no se adivina inmediatamente bajo su frialdad externa.

—Algunas veces me han valorado como algo muy precioso energúmenos que me acosaban. Pero se equivocaría seguramente al imaginar la finalidad de dicho acoso.

Pascal Laurent alzó cortésmente una ceja.

Ya iba a empezar el eterno juego. Ella hablaría del castillo de sus antepasados o de sus millones bloqueados por alguna revolución política.

—Le garantizo que es usted sola, solamente usted, la que me intriga. No su ambiente ni sus actividades.

—Poseo una cualidad que me permite vivir sin apuros. Hablo corrientemente diez idiomas.

—No hace mucho, el turista sueco se dio cuenta.

El rostro de Karen adquirió una repentina puerilidad y su risa espontánea, sincera, llegó directamente al corazón de Laurent.

—Duclos supo calibrarme al primer vistazo. Supo adivinar que yo no era una «ocasional».

—Fuimos dos en adivinarlo. El y yo, Karen.

Tenía Laurent curiosidad por saber a qué se debía aquella estancia cotidiana en una banqueta aislada del Clos Bar.

Los grandes ojos enigmáticos de Karen parecieron adivinarle el pensamiento.

—Un anochecer, al salir del despacho, me encontré casualmente detrás de usted en la acera de la calle Tolstoi. Giró usted la esquina y poco después empujaba la puerta de este bar. No sé por qué entré. Poco a poco me encantó este tranquilo ambiente. Y he vuelto cada anochecer. Y aquí se calma el acceso de pánico que me acomete entre seis y ocho.

—¿Pánico? ¿Por qué?

—No es agradable saber que a veces me siguen individuos con aspecto de asesinos. No, no es imaginación. Los despisto entrando en este bar. Puede que sea simple coincidencia, o que me sigan con otra intención, pero siempre son dos. Y no siempre los mismos dos.

—Muy intrigante. ¿Dónde trabaja, Karen?

—Muy cerca de aquí. En una oficina de traducciones y de intérpretes. La agencia Rochemont.

—Estaría mejor retribuida en las agencias de Prensa o en las academias de postín.

—Ninguna me aceptaría, a causa de una indiscreción que cometí cuando comencé con este trabajo. El bandido de Rochemont está al corriente de este detalle y así puede pagarme a bajo precio mi trabajo.

—¿En qué la emplea?

—Rochemont me envía principalmente a entrevistas de financieros turbios, tiburones de los negocios sucios. Si el tema de las conversaciones es peligroso, no tardan en aparecer los dos espías siguiéndome como sanguijuelas.

—Comprendo. No debe ser divertido.

—Es obsesionante. Se introducen en mi apartamento con ganzúas, durante mi ausencia, revuelven la cesta de papeles, hurgan en mis botes de crema facial, desmontan la válvula de la cisterna de agua, y plantifican minimicros bajo mi cama donde duermo sola siempre. Cualquiera, por serenidad que tuviese, acabaría por enervarse.

Laurent estaba ya enervándose en la contemplación de la carnosa boca de Karen Benedek.

Dijo él de pronto:

—Hagamos una apuesta, Karen. Es mi oficio y afición. De cada tres gano dos.

—¿Cuál sería la apuesta?

—Sentemos las bases de un pacto de amistad y confianza. Déjame tutearte, déjame protegerte, y te apuesto una cena que pagarías tú, contra cinco que pagaré yo, si antes de una semana no desaparece de la maravilla de tus ojazos el secreto temor.

Tendió ella la diestra espontáneamente. Y murmuró:

—Quiero tener confianza en ti, Pascal. Pero, por favor, durante esta semana de prueba y apuesta, no..., no intentes... ¿Me entiendes?

—Juro solemnemente resistir durante siete jornadas enteras el impulso de decirte que eres adorable y que percibo algo semejante a enamoramiento. Chitón. Ya no lo diré más. Hasta dentro de ocho días.

Al cuarto día, le despertó el timbre de la puerta de su estudio. Envolviéndose en un albornoz fue a abrir.

Era Karen. Vestía el traje chaqueta negro, de blusa camisera blanca. El

uniforme para conferencias importantes, decía ella. Encima un abrigo de viaje de un blancor mullido.

—Rochemont me envía de misión para todo el día. No sé dónde. Vendrán a buscarme. Di esta dirección, porque quería avisarte. Nos veremos esta noche a las ocho en el Clos Bar.

—Con permiso, chica.

Y quitándose el albornoz, volvió Laurent a sumergirse entre las sábanas, añadiendo:

—Tengo sueño atrasado. Soñaba que ganaba mi caballo esta tarde.

—¿Cuál es?

—«Metek». Si gana, pagarán un dineral. Inmediatamente, compraré los dos pasajes para nuestro crucero a Jamaica.

Se adormiló. Volvió a despertarle un timbrazo.

Oyó a Karen parlamentando en la puerta:

—No sabía que se trataba de un viaje así. Rochemont me telefoneó diciéndome que se trataba tan sólo de la jornada.

—Yo mismo la devolveré a París al atardecer. Aquí, o donde quiera.

Intrigado por la voz tajante, de leve acento yanqui, se dirigió Laurent hasta la puerta entreabierta dando al *living*.

Karen le volvía la espalda, cerrando el paso al desconocido.

Un rubio alto, joven, con cara brutal, que se apoyaba indolentemente a un lado de la puerta.

—Decídase. Le garantizo una prima especial, pero le advierto que no se tratará de una charla boba entre cinco o seis diplomáticos blandengues. Servirá de intérprete entre gente que discutirán incansablemente... Una sesión que le producirá a usted lo que no ganaría en un mes. ¿Nos vamos? El coche espera abajo.

El restallido de la puerta resonó en el estudio, que de pronto pareció vacío y helado.

Hasta entonces, Laurent había creído sólo a medias lo que Karen le contaba de aquellas extrañas conferencias internacionales.

En la ventana, orientó las láminas de la cortina para no ser visto del exterior.

Karen apareció en la alameda que conducía al bulevar.

El extranjero rubio la acompañaba, gesticulando, sonriente.

El coche que esperaba era un taxi. Reconoció Laurent al chófer.

Zac Lazar, que trabajaba casi exclusivamente para la clientela del Clos Bar.

Otro individuo, rechoncho y moreno, ocupaba una ventanilla. Tenía un perfil de pájaro siniestro.

Karen se sentó en medio, mientras el grandullón rubio, instalándose junto a la otra ventanilla, cerraba la portezuela.

El taxi arrancó.

Pascal Laurent vio desaparecer el coche en la curva del bulevar.

Fue a sentarse en la cama, y marcó los números del Clos Bar.

—¿Duclos? Pascal al aparato.

—¿Novedades?

—No aceptes ninguna apuesta por «Metek». Juega para los dos cinco billetes grandes sobre «Metek» en un *book* ^{1} discreto. Pelegrin, por ejemplo.

—¿A la cotización de la Mutual? Solamente pagan veinte a uno. Y se me antoja que tu «Metek» es un penco reumático que llegará a la meta a medianoche.

—Intenta conseguirlo a veinticinco por uno. Tengo un dato seguro, y ganará.

—Me dijiste lo mismo la semana pasada con «Balbin», que terminó en octavo lugar sobre ocho. Por suerte vamos a medias.

—Exacto. Y no te arruinas. Oye, ¿por casualidad pasó esta mañana Zac Lazar por tu mostrador?

—Sí. Llegó casi a la hora de la apertura, con dos viajeros que recogió en Orly.

—¿Cómo eran esos dos viajeros?

—Uno pequeño y rechoncho, con aspecto de levantino. El otro larguirucho, rubio y cara a lo Steve Mac Queen. ¿Pasa algo que te interesa?

—Puede que sí. Explícame lo que te dijo Lazar de esos dos individuos.

—Déjame hacer memoria... Vinieron en el vuelo de Ginebra. El moreno me inspiró desconfianza. Debían resolver urgentemente algo relacionado con una agencia de traducciones e intérpretes. El rubio es el que lleva la voz cantante.

CAPITULO III

Habían podido instalarse los tres en la misma hilera de butacones.

El canadiense a la derecha, contra la ventanilla, la joven en el centro, como en el taxi, y el egipcio junto al pasillo.

Karen Benedek no había vuelto a hablar desde que entró en el taxi. El silencio se prolongaba ahora, y al desabrochar su cinturón de seguridad, Chambord miró de soslayo el perfil ceñudo de la intérprete.

—¿No le molesta volar? No es más que un salto de pulga de París a Ginebra, pero a veces es suficiente para aplanar a un hombre robusto.

Meneó ella la cabeza en negativa silenciosa.

—¿Fuma?

Ella cogió un pitillo, encendiéndolo en rápida aspiración. Chambord se guardó el mechero.

Comentó Karen:

—Se han impuesto ustedes un desplazamiento inútil. Rochemont me habría enviado a Ginebra sin necesidad de escolta.

—Era preciso primero convencerle. Un simple telefonazo no habría bastado. Además, queríamos estar seguros de hallar a la persona idónea.

—En todo caso, no será necesario que se molesten en volverme a acompañar.

—Tal vez cambie de parecer dentro de unas horas. No hay nada mejor para una mujer bonita que estar flanqueada por una cara antipática para desanimar a los latosos.

Se reclinó más contra el respaldo, para amparar su mímica tras el perfil de Karen.

Designó con las cejas y el mentón al egipcio, abrió el dedo índice y el mayor y simuló una tijera.

Comprendió Karen el significado. Por lo menos lo interpretó a su modo.

El moreno, macizo y taciturno, era un «latoso» con las mujeres.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó ella.

Chambord rió con breve carcajada brutal.

—¿Mi falsa identidad o mi verdadero nombre? Su pregunta es ingenua, mujer. Pero si necesita un nombre para amenizar la charla, me llamo Boris.

—¿Ruso?

—No. Puro capricho de mi papá que por suerte ganó, ya que mamá quería llamarme Rolando.

Se volvió ella hacia el egipcio.

—¿Y usted?

Saliendo de su inmovilidad y mutismo, Grimaldo exhibió su rápida y amplia sonrisa.

—Abdel.

—¿Árabe?

—Por parte de mamá. Corso por vía paternal. Y puestos a intercambiar confidencias, expongo mi descontento. Mi compañero la ha contratado con una excesiva precipitación, sin haberla sometido a las pruebas de uso y rigor. Espero que esté usted a la altura de las circunstancias.

Sonrió ella burlonamente.

—¿Quiere que prosigamos la conversación en árabe? ¿Árabe culto o dialecto del desierto?

—No es preciso atraer la atención con gargarismos —intervino el canadiense—. ¿Dónde aprendió tantos idiomas?

—En Alejandría. Nací allí en un campo de internamiento donde mi madre vegetaba desde el año 44.

—¿Y su padre?

—Un mercenario polaco del ejército Anders. Desapareció en algún lugar X de la Europa en llamas. Mi madre ejercía también la profesión de intérprete. La he seguido de misión en misión hasta su muerte, hace cinco años en una pensión del Berlín Este donde esperábamos las Navidades.

—¿Por qué precisamente las Navidades?

—Era la ocasión para poder irnos sin riesgo. Ustedes dos habrán posiblemente viajado mucho. Yo también.

Hablaba sin afectación, con sencillez, en una forma que demostraba una buena dosis de filosofía vital y decisión.

Chambord observó también la calidad de su inglés que hablaba con un asomo de acento apenas perceptible.

Grimaldo había recobrado su expresión siniestra. Ladeada la cara, posó en ella la densa penetración de sus grandes ojos melancólicos.

—¿Vive usted sola?

—Casi siempre.

—¿Y ahora?

Karen alzó los hombros con una indiferencia bien simulada. Estaba enamorada de Pascal Laurent. Tal vez por esta razón, decidió despistar a los dos aventureros que la escoltaban.

—En estos momentos, vivo a ratos con un imprudente frescales que juega con el dinero ajeno.

Susurró Grimaldo:

—Todos los banqueros del mundo hacen lo mismo y son gente muy bien considerada.

La azafata iniciaba el servicio de bar.

Karen aceptó una copa de champaña. Sus dos acompañantes pidieron un coñac francés.

Dijo ella con expresión de terquedad:

—Es preciso que esté de regreso en París esta misma tarde.

Chambord se apresuró a tranquilizarla.

—Prometido... Además, una vez trabados los contactos, lo cual apenas consumirá media hora, la negociación no la ocupará más allá de una hora, dos a lo máximo.

—Hablas sin estar seguro de lo que hablas —recriminó Grimaldo por encima de la cabeza de su vecina—. Por poco que las actas tengan que ser modificadas, la señorita Benedek tendrá trabajo hasta bien entrada la noche.

—La tarea de secretariado no entra en mi compromiso —objetó ella en tono seco.

Abdel Grimaldo se ladeó por completo para exhibirle sus caninos muy blancos y puntiagudos.

—Usted hará lo que se le mande, pequeña, ni más ni menos. Le pagarán más que sobradamente, si su estancia en Ginebra se prolonga de varias horas más. Su adorado novio no se caerá muerto si se queda una noche sin su compañía.

Karen le contempló de soslayo, entornados los párpados.

Chambord palmoteo afectuosamente la mano de la joven.

—No haga caso de este mercader de alfombras. Nació en un país retrógrado donde todavía consideran a las mujeres como ganado. Nos libraremos de él al llegar a las puertas del hotel. Si por casualidad reapareciese después de la reunión con un pretexto cualquiera, téngalo siempre delante y nunca le deje colocarse a su espalda... ¿Lleva algún arma?

—¿Por qué iba a llevarla?

—Mi pregunta que puede parecerle extraña, obedece a una razón muy razonable. Los mestizos como Grimal, Abdel, tienen la cochina costumbre de llevar entre los forros de sus chaquetas un dardo de acero que brota con la velocidad del rayo.

Chambord hablaba en tono burlón, pero el rostro de Grimaldo acentuó su expresión hostil.

Inconscientemente, Karen retiró su codo que tocaba levemente el del mestizo egipcio-corso. Se volvió hacia Chambord.

—¿Cuántos seremos en esta reunión?

—Ocho en total. Primero usted y yo. Luego seis tipos irascibles y desconfiados, muy discutidores.

—¿Prohombres políticos?

Emitió Chambord su peculiar carcajada breve.

—No, no. Simples financieros, pero equivale a una reunión política de dos partidos. Por un lado los vendedores, por el otro la oposición, es decir, los compradores. Ya podrá apreciar la resistencia que demostrarán regateando como amas de casa en el mercado.

—¿Y cuál será el tema del debate?

—No hay que mencionarlo siquiera —sonrió Chambord—. Ni antes y,

sobre todo, después, nunca. Mire la cara que pone el vecino.

Grimaldo tenía lividez de exasperación.

—Carece de sentido del humor —afirmó Chambord apenado.

El «Caravelle» bogaba en pleno azul, por encima de un banco oscuro y nebuloso que parecía casi sólido.

El largo deslizamiento en descenso empezó y terminó dentro de aquel algodón lleno de sombras flotantes.

Las pistas de Cointrin aparecieron bastante nítidamente entre las dos últimas masas de girones brumosos.

Chambord miró su reloj. Faltaban minutos para el mediodía.

—Un coche espera en el aeropuerto para llevarnos al hotel. Es posible que salgamos del ascensor para entrar directamente en la sala donde ha de tener lugar la sesión. Todo dependerá del humor de los tratantes.

El resto lo susurró al oído de Karen:

—No tendrá que extrañarse ante nada al entrar en la sala. El crápula que tiene a su izquierda parece un cordero por comparación con los escorpiones que nos aguardan.

Grimaldo giró bruscamente la cabeza.

—¿Qué estás diciendo?

—Que Alá es grande —replicó Chambord abrochándose el cinto—. Estamos llegando.

* * *

Pascal Laurent hizo todo el viaje en la butaca del fondo junto al pasillo, de modo que pudiera colarse en el cuarto de aseo, si fuera preciso.

Estimó preferible pasar desapercibido para conservar su pequeña ventaja en aquella persecución cautelosa,

No le fue preciso esconderse.

Karen salió con los primeros pasajeros, encuadrada por sus dos ángeles custodios. El moreno, muy sombrío el rostro redondo bajo el tirolés negro, y el grandullón rubio riendo, mientras parecía llevar a una prisionera cogida por el codo.

Antes de bajar la escalerilla, Karen volvió la cara distraídamente hacia los viajeros apretados y apresurados tras ella.

Su mirada derivó sin detenerse en la silueta de Laurent, confusamente mezclada a otras en último plano.

Laurent siguió al trío por el dédalo de la aérea estación, guardando las distancias, y desembocando en la explanada con otros viajeros.

Un «Rolls» blanco resbaló suavemente desde el aparcamiento y vino a detenerse junto a la acera de salida.

Grimaldo abrió la portezuela instalándose al fondo. Había recobrado por unos instantes su sonrisa de animal carnicero.

Vio Laurent subir a Karen que conservaba un semblante impasible. Y el

canadiense charlatán y de aparente jovialidad.

Rápidamente entró en un taxi.

—¿Dónde vamos?

—Al Continental. Intente adelantarse al «Rolls» que acaba de partir. Quisiera estar en el hotel antes que los delegados.

—Será fácil. Atajaremos por el Grand Sconnex, con lo cual llegaremos recto al Palacio de las Naciones. ¿Tiene jornada de conferencia?

—Y tal vez también la noche —suspiró Laurent.

Los retazos de conversación recogidos por Zac Lazar, el chófer y gancho de Duclos, le estaban resultando muy útiles para jalonar el presunto itinerario de Karen.

Laurent la había seguido por corazonada.

Pero su inquietud iba acentuándose a medida que Karen se alejaba de su pequeño universo parisino delimitado por la agencia Rochemont, el Clos Bar y el discreto estudio de la planta baja con jardín en la antiquísima calle La Truanderie.

¿Le producía inquietud la atmósfera lúgubre que había rodeado la partida de Karen?

Lo indudable era que su profesión podía hacerla correr peligros excepcionales.

De momento ya la había puesto en estrecho contacto con auténticos robots sin escrúpulos que eran a su vez matones a sueldo de otros robots animados de una sola ilusión: ganar millones sin reparar en los medios.

CAPITULO IV

El «Rolls» se internó en la capital por la autopista de Meyrin. Bajó por la calle Servette pasando ante la estación de Cornavin.

Karen Benedek percibió al fondo de una transversal la blancura, nebulosa del lago que rutilaba bajo el cielo gris y bajo.

Al lado del chófer un atildado moreno se volvía cada medio minuto hacia el cristal de separación para contemplar con avidez la joven rubia.

Chambord tocó en una rodilla al egipcio.

—Oye, Grimal, dile a tu compinche que se coma el paisaje o se zampe la estatuilla desnuda del radiador. No estamos escoltando a una flor de harén.

Abdel Grimaldo ladró varias palabras guturales por el «intercom» del «Rolls». El chófer y su vecino se petrificaron instantáneamente, mirando con fijeza hipnótica frente a ellos.

El blanco acantilado de planos pétreos, cristaleras y marcos de aluminio del hotel Continental surgió por fin de la neblina húmeda.

Chambord apeándose, cogió por un codo a Karen, y la pilotó expertamente por entre los ociosos del vestíbulo. Pasaron sin detenerse ante la recepción dirigiéndose hacia los ascensores.

Karen avanzaba por entre los numerosos Adanes internacionales, indiferente a las miradas expresivas que suscitaba su fascinante y personalidad.

Y de pronto su mirada distraída, ausente, se posó en una silueta sentada en una postura que se le antojó vagamente familiar. El hombre había echado su abrigo sobre el brazo del sillón y parecía estudiar aplicadamente un periódico hípico.

Por encima del papel desplegado una sonrisa chispeaba en sus ojos al contemplar a Karen avanzando entre sus dos escoltas.

Pascal Laurent daba la impresión de ser un despreocupado estudiante de la carrera diplomática.

Karen sintió un inmenso gozo. La terrible impresión de soledad y peligro que instintivamente la obsesionaba desde que empezó aquel viaje se disipó repentinamente.

—¿Qué es lo que le causa gracia? —preguntó Chambord extrañado, mirando en torno.

—Pensaba en su advertencia sobre el nido de escorpiones. Soy asustadiza, pero a veces el peligro me atrae cuando se manifiesta claramente. Entonces, veo el lado grotesco, la fealdad de las pasiones plasmada en los rostros que están pendientes de mi traducción.

—Pues no se preocupe que dentro de poco se atiborrará de rostros

siniestros.

La cabina central estaba bloqueada en la planta baja. Un ascensorista con aspecto de luchador mantenía entreabiertas las puertas que abrió a fondo al acercarse Karen y su acompañante.

Chambord miró por encima del hombro, y vio a Grimaldo y al árabe que estuvo junto al chófer, discutiendo con un tercer norteafricano.

Chambord, sin esperar a Grimaldo, alzó el pulgar. Las puertas restallaron y la cabina voló en ascenso vertical hacia las alturas del hotel.

—¿Se encuentra bien en forma? —indagó el canadiense.

—Cada vez más animada —sonrió ella sinceramente.

Las puertas se abrieron en el piso duodécimo.

Chambord apartó brutalmente con el hombro a dos individuos atezados que pretendían interponerse.

Llevando del codo a Karen por el corredor, vieron llegar un camarero que empujaba una mesa rodante cargada de vasos rotos y servilletas sucias.

Una de sus mejillas lucía la marca de un bofetón muy reciente.

—¿Dónde están? —preguntó Chambord.

—Siempre en el apartamento 36. Yo perderé mi empleo, pero no vuelvo a meter los pies ahí dentro. Son una bandada de cafres elegantes.

—Exacto —aprobó gravemente Chambord.

Un individuo sombrío y de larga barba salía del W.C. de caballeros, reteniendo solemnemente los vuelos de su albornoz arábigo.

Un efebo negro vestido de terciopelo rojo repicaba tímidamente a cada puerta, gargarizando palabras anunciando que el desayuno especial estaba siendo servido.

Chambord abrió una puerta que daba a una antesala. Señaló otra puerta y dijo en voz muy baja:

—La sala de consejo. Sea muy prudente. No conteste a nadie sin antes esperar el asentimiento de los otros. La menor palabra debe ser traducida clara y sucesivamente para cada uno de los bandos en un orden que le será señalado de antemano.

Al entrar en la gran sala, Karen fue contemplando a los negociadores silenciosos, atrincherados en los cuatro rincones.

Dos japoneses vestidos de paño recio y negro, sentados en la misma banqueta. Tras los lentes cercados de oro, la mirada oriental rebosaba desdén y diversión.

El ruso, alto y macizo, en pie junto a una ventana, crispaba los maxilares y su rostro parecía tallado en piedra inexpressiva.

El americano, semitendido en un diván, tendía el oído hacia una habitación vecina donde resonaba una voz gutural.

Por último, inmóvil a la sombra del batiente entreabierto, el árabe.

Su delgada figura se estilizaba aún más por la estrecha barba en collar

negro como el jade. Sus brillantes ojos huroneaban en todos sentidos con vivacidad casi animal.

Llevaba un smoking blanco, un jersey rojo, y los pies desnudos. Había colocado sus zapatos europeos a un lado del sillón, y en la alfombra los calcetines formaban un lacio bulto apelotonado.

Cuando apareció Karen, el árabe la miró con estupor. Era evidente que no esperaba ver llegar a una intérprete femenina.

Chambord apenas miró a los demás. Saludó en cambio con leve cabezada al príncipe árabe de los pies desnudos.

Preguntó en inglés:

—¿Empezamos ya de inmediato o prefieren un rápido *lunch*?

Uno de los dos japoneses rió silenciosamente señalando la habitación contigua. Y dijo:

—Eso pregúntelo a «míster veinte por ciento».

Chambord alzó los hombros casi irritado.

—Harif nunca mencionó una cifra tan elevada.

En la habitación contigua, la voz imperiosa se calló de pronto y el aparato telefónico encajó brutalmente en su engarce.

Chambord abrió por completo la puerta y cedió el paso a la intérprete. Apenas entró Karen reconoció al instante al hombre fuerte, duro, arrogante, rebosando aplomo.

El hombre experto en presidir coloquios de bribones internacionales albergándose en lujosos hoteles en breves estancias.

Amarillento y rechoncho, de párpados gruesos, ojos de lagarto y negro cabello alisado hacia una sien para cubrir la calvicie.

Harif se enorgullecía de haber nacido en un lugar indefinible de las fronteras cambiantes en zigzag que pretendían delimitar el Cercano y el Medio Oriente.

Chambord le presentó a Karen con amplia sonrisa complacida.

—¡Encontré la perla rosa! Le traigo la boquita de oro que buscamos desde hace cuarenta y ocho horas para lograr esclarecer los conciliábulos. Esta inteligente joven comprende los dialectos árabes y habla también el ruso. Por lo tanto, nada que se diga se le escapará.

Harif detallaba las piernas, las líneas del cuerpo elástico drapeadas por el abrigo blanco, el cuello armonioso y finalmente estudió el semblante helénico, impasible, de la intérprete.

Dijo en su inglés ronco y gutural:

—A su bonita intérprete le falta tan sólo una cosa. Un brillante de cinco kilates en uno de sus hermosos dedos. Es el regalo que le haré si todos firman el acuerdo.

La puerta del salón se había cerrado sin ruido tras ellos.

Harif se aproximó a Chambord, y bajó, 1a voz:

—Estamos más que nunca a merced de una indiscreción, y así

estaremos por lo menos durante una quincena... ¿Le ha dicho algo a ella?

Su índice señaló a Karen.

Inmóvil, bajos los ojos, ella se esforzaba en conservar la misma expresión de absoluta indiferencia.

—La señorita Benedek no sabe absolutamente nada —afirmó Chambord—. Y además, su loro triste llamado Abdel Grimaldo lo puede atestiguar. No se separó de nosotros desde el principio del viaje.

Una sonrisa venenosa dilató los gruesos labios de Harif.

—Salvo durante veinte segundos. Pueden soltarse algunas palabras de sobras en la cabina de un ascensor entre la planta baja y el piso doce. Es el propio Grimaldo quien me acaba de telefonar desde abajo.

Se acercó a la joven. La miró de nuevo de pies a cabeza con una intensa fijeza que solía exasperar a muchas mujeres.

Indagó en tono repentinamente muy suave:

—¿No se ha formado su idea personal mientras volaba desde Orly hacia Ginebra?

—Ninguna. Pero actué dos veces en una sala de consejo de la OPEP ^{2}. Y tengo por consiguiente cierta práctica en esta clase de negociaciones. A solas con Boris Chambord no hubiese podido adivinar nada. Pero el hombre que le acompaña, se delató inconscientemente.

—¿De qué modo?

—Es algo instintivo. Apestaba a petróleo. Es un modo simbólico de hablar... También los que esperan en la sala vecina emanan el mismo olor insípido, pero muy perceptible.

Harif rió falsamente.

—¿Petróleo, eh? ¿Se da cuenta, Chambord? No cabe duda que todo el mundo cometerá el mismo error en este asunto. Principiando por los geólogos de su despacho de interpretación de subsuelos... ¿Está dispuesta, señorita Benedek?

Asintió ella y Harif abrió la puerta comunicante.

* * *

El ruso no había revelado que entendía el árabe tan bien como Danil Kader, el hijo del emir. Y hablaba el inglés tan mal como Harif en la pronunciación.

Dos ases que se guardaba en la manga para poder seguir palabra por palabra el hilo de las negociaciones, y captar la menor jugada sucia.

La agradable voz melodiosa de la intérprete fue acompañando la discusión en tres idiomas.

Media hora después las actas de concesión fueron firmadas de pleno acuerdo en cinco ejemplares. Una copia certificada por las firmas pasaría a manos de un delegado del Intrabank.

Un patriarca de larga barba blanca, secuestrado en el apartamento 34 estaba ya estampando los sellos del emir en las actas.

Harif, agotado y sudoroso, se retiró a su habitación con el canadiense representante de una compañía tejana y la políglota de la voz de terciopelo enviada por la agencia Rochemont.

—Ya tiene su diez por ciento —exclamó Chambord dando una palmada amistosa en la espalda de Harif.

Suspiró Harif.

—Yo acariciaba la gran esperanza de sacar el veinte.

—No sea tan glotón, diantres. Si se hubiese emperrado en el doble, nos falla todo. Hablemos claro... ¿Qué aporta usted en este tejemaneje aparte de su reputación de tiburón petrolero?

—Lo esencial, mi querido amigo. El dato, la idea.

—Una idea loca expuesta por unos técnicos a mil quinientos kilómetros de Djabelah y comprobada por mí mismo en aquel maldito cerro disecado donde pastan cabras y asnos. Casi diría yo que ha hecho más que usted la señorita Benedek al concretar el problema en tres idiomas para unos estúpidos que no querían creer en el milagro.

—De acuerdo en que hemos triunfado, pero ella no tendrá su brillante. No. Yo he perdido un diez por ciento y estoy decepcionado, sí, muy desilusionado...

Sin apartar la mirada de Karen abrió una puerta al fondo.

—Le pido disculpas —dijo Harif afectuosamente—. ¿Tiene la bondad de pasar al cuarto de baño? Nada más que un breve instante...

Karen iba a protestar, pero la ojeada elocuente de Chambord le dio a entender que valía más obedecer.

Harif cerró con llave apenas ella hubo entrado.

Y regresando junto a Chambord murmuró:

—¿Sabe lo que perderíamos si dejásemos suelta a esta preciosa rubia? Una simple palabra indiscreta y estalla el polvorín. La fabulosa cantidad exigida por el emir todavía no está en su bolsillo. Ni el diez por ciento en el mío. Es preciso, terminantemente forzoso, librarnos de su intérprete.

—Pero ¿dónde se cree usted? —gruñó Chambord—. ¿En pleno desierto de la Arabia feliz? Estarnos en Suiza y esta muchacha fue anotada en el registro de pasaportes. Vino libremente y tiene que partir del mismo modo.

Bajó Harif los pesados párpados.

—Existen cien sistemas de neutralizarla sin atraer la atención de la policía. Un lavado de cerebro exigiría demasiado tiempo para ser eficaz. Pero podríamos drogarla y hacerla internar en una clínica bajo otra identidad.

—Arriesgaríamos comprometerlo todo por un exceso de precauciones. Busque otra cosa, Harif. Algo más sencillo.

—Entonces guardarla secuestrada aquí mismo, en el hotel. Todo el piso

es nuestro hasta fin de mes. Grimaldo estará más que contento de cuidarse de ella...

Arañaban en la puerta del salón y entreabriéndose asomó el rostro melancólico Grimaldo.

—¿Deseaba algo, patrón?

—Siempre oportuno, mi buen Abdel. Te llevarás a la rubia a tu cuarto. Te las arreglas como quieras, pero ella no ha de salir en quince días, a menos que sea en camilla y muda.

Grimaldo se frotó las manos, acechando a Chambord.

—¿Dónde está ella, patrón?

Harif señaló con el pulgar por encima del hombro el cuarto de baño.

—Bajaré ahora a la parrilla con los delegados. Le dejaré a Larbi la consigna. Bloqueará el ascensor central y colocará sus esbirros a las extremidades del pasillo. Apenas quede libre el camino, sacáis a la chica de aquí y la metes en tu cuarto. El resto es cosa vuestra. Ya no quiero ni oír hablar de ella.

Pasó al salón y tras cerrar la puerta, volviéndose dijo Grimaldo:

—Me hiciste el salto en el vestíbulo, con ella. ¿Qué le dijiste?

—Nada. Ella deseaba respirar unos minutos lejos de ti. Eso es todo. ¿O es que me crees tan ceporro como para sugerirle que nos traicione?

La exasperante sonrisa de Grimaldo se dilató de una oreja a la otra.

—Ya has adivinado lo que desea Harif. Estamos en equilibrio al borde de un volcán y el menor paso en falso sería mortal. Nos pidió un intérprete, pero ya había decidido en pensamiento que fuera macho o hembra solamente serviría una vez y nunca más.

Chambord alzó los hombros con indiferencia.

—Eso es trabajo tuyo, Grimal. ¿No presumes de que has enviado por lo menos un centenar de seres de los tres sexos a la fosa? Uno más, uno menos, ¿eh?

Grimaldo fue a abrir la puerta del cuarto de baño.

Reclinada contra el lavabo, Karen aplastó la colilla en el cenicero.

No sintió el menor temor al ver aparecer a sus dos escoltas.

Sonriente manifestó Grimaldo:

—Digan lo que digan sólo existe un sistema para lograr que una mujer no resulte incómoda.

Adelantó una mano como si fuera a coger el bolso que Karen había dejado sobre el borde de la bañera.

Al tender el brazo para defender su propiedad, Karen se encontró sin defensa.

Recibió dos rápidos bofetones de palma y revés que restallaron secamente.

Retrocedió tambaleándose hacia la ventana, cubriéndose tardíamente el rostro con los brazos doblados, alelada, casi inconsciente.

Un golpe sordo lo sacó de su atontamiento. Alzó temerosa la cabeza.

Grimaldo ya no estaba allí. Por lo menos, ella no lo vio.

Chambord estaba cerrando la puerta con el pestillo. En frente, otra puerta comunicaba con la habitación contigua. La señaló.

—Al lado no hay nadie. Nos iremos por aquí. Voy a jugarme la piel por ti, pero es que hay momentos en que la fosa rebosa.

—La copa rebosa —corrigió ella maquinalmente, aún aturdida.

—Muchas gotas, hacen rebosar una copa. Muchos cadáveres hacen rebosar una fosa, ¿no, maestrita? Y convertirte tú en cadáver, sería doble crimen.

Al apartarse, descubrió la bañera donde yacía Grimaldo boca arriba, ensangrentado el rostro. Resollaba, gemía, y recitaba palabras incoherentes, mezclando insultos en corso y árabe, que perdían toda su fuerza entre sus labios tumefactos.

—No vuelvas nunca a encontrarte en su camino, Karen. Hoy no te hincó su pincho. Pero donde te vea, lo haría.

Todavía conmocionada, avanzaba ella muy lentamente.

—Acelera, Karen. Supongo que no te divertiría salir del hotel desollada como una ternera y en el fondo de una cesta de ropa sucia. En el otro platillo de la balanza, se juegan cien millones de dólares. Comprenderás que ante esta cantidad tu linda piel no vale nada. Y la mía se desvalorizará tremendamente dentro de unos minutos.

Atravesaron la habitación desocupada. Oyeron una voz salmodiando tras la puerta de comunicación. Abrió Chambord la puerta y cogió de la mano a Karen, avanzando.

La mesa y los sillones habían sido empujados contra la pared para despejar la alfombra. En el centro, sentado sobre sus talones, un adolescente vestido de chilaba blanca, se mecía a uno y otro lado, apretando contra su pecho un transistor.

Dejó de salmodiar, sonriendo afectuosamente a los visitantes.

Dijo Chambord:

—*Alá la illah*, etcétera. ¿Sabes dónde está el marrano de tu primo Larbi?

Sin demostrar el menor asombro, replicó el muchacho:

—Larbi aguarda en el corredor cerca de la máquina que sube y baja. ¿Deseas que le llame, Boris?

—No, no. Ya lo veré luego. Escucha, querido Mulud... La dama que está conmigo desea aspirar el aire puro de la terraza. Cerrarás tras nosotros para que no te resfríes. Cuando queramos entrar, ya repicaré contra el cristal. Así... ¡toc, toc, toc!

Abrió la puerta cristalera y salieron al aire frío. Mulud Kader cerró rápidamente los batientes y regresó a acucillarse en el centro de la sala, meciendo su transistor.

La terraza, bastante amplia, compartimentada con paneles de grueso cristal opaco, cercaba el piso de un extremo a otro.

Cabalgó Chambord la primera balaustrada, ayudando a Karen a franquearla. Pasaron rápidamente ante las ventanas encortinadas y llegaron a la esquina de la fachada.

Una vasta pérgola con mecedoras y tumbonas.

—Escóndete aquí detrás y no te muevas. Ya te silbaré si todo va bien.

Empujó Chambord la cristalera y recorrió el estrecho pasillo que desembocaba en la lavandería.

Al oír un leve silbido, Karen acudió corriendo sobre la punta de los pies. Le mostró la puerta metálica del montacargas. Se oía un deslizamiento crujiente aproximándose.

—Por suerte, es como un ascensor —murmuró Chambord—. Nos largaremos por los sótanos. Apenas te haga la señal lista, a saltar dentro.

Se deslizó hasta la abertura entre las estanterías. Ella le seguía casi adherida a su espalda.

El montacargas cesó de ronronear. La puerta corredera resbaló lentamente.

Aparecieron dos camareros empujando mesas rodantes, y un botones con una bandeja repleta de cartones de tabaco. Luego salió un cliente de aspecto despistado que se había equivocado seguramente de piso y de medio de transporte.

Llevaba al hombro su abrigo y silbaba entre dientes. Todos ellos se dirigían hacia el corredor.

Karen que no había visto nada, fue atraída bruscamente al interior de la cabina cuya puerta se cerró inmediatamente.

La pesadilla no desapareció del todo en el descenso. Se puso a sollozar de pronto contra el hombro de Chambord.

—Ya no volveré más... Haré cualquier otra cosa para ganarme la vida, pero nunca más con gentuza así...

—Vamos, vamos, cálmate. Ya todo pasó. Te acompañaré hasta el aeropuerto y ya te las sabrás arreglar para regresar a París.

—Pero..., pero no puedes dejarme sola... Tengo un miedo espantoso.

—Fuera del hotel ya no corres ningún peligro, mujer. Nadie se atreverá a hacerte nada. Te libraste ya del riesgo, pero yo tengo que defender mi tajada en el negocio.

Karen Benedek tuvo una inspiración desastrosa.

—Entonces hazme un favor. Regresa al vestíbulo y que la recepción busque a un tal Pascal Laurent. Vino en el mismo avión que nosotros. Yo le esperaré en el taxi.

Boris Chambord se quedó un instante sin habla.

Luego la miró receloso.

—¿Pascal Laurent? Pero ¿qué juego te traes entre manos, preciosa? No

se equivocaban Harif y Grimal con su desconfianza. Vaya, vaya... Creo que el sentido común nos obliga a subir de nuevo al piso doce.

CAPITULO V

Pascal Laurent abandonó el pasillo para permanecer oculto entre las estanterías. El camarero Fred acechaba al otro lado de la esquina y prosiguió en sus explicaciones que daba por dos motivos: por rencor y por la propina recibida.

—Todo el piso está reservado para el hijo del emir de Djabelah y su séquito. Hasta los apartamentos vacíos. No se pueden dar dos pasos sin topar con Larbi, un bandolero robusto, o su hermano Muley. Solamente hay uno simpático. El rubio con cara de bruto que viene a ser algo así como el *manager* de la banda. Un canadiense llamado Chambord. Es el que vi pasar con la mujer por la que usted me preguntó.

—¿Dónde han ido?

—Les esperaban en el apartamento 36 que sirve de sala de reunión para los invitados extranjeros. Hay cinco: Dains, un americano con úlcera de estómago, dos japoneses guasones, y un ruso, Duginski, que no dice ni media.

—Suman sólo cuatro.

—El quinto es Harif, el consejero del emir. Es el que da las órdenes y que arrea, el muy cerdo.

Mostró su mejilla coloreada artificialmente por unos dedos.

—El que llegó primero fue Chambord acompañado de un tal Grimaldo para organizarlo todo en el hotel. Luego vinieron Danil, el hijo mayor del emir, y Mulud, el menor, con sus servidores. Y el gordo Harif escoltando a los delegados extranjeros. Llevan ya ocho días aquí y espero que arreglen pronto su negocio.

—¿Qué negocio es?

—Nadie lo sabe. Pero cuando un hijo de emir llega a Ginebra, no es para vender alfombrillas.

—¿Petróleo?

Fred alzó los hombros y retrocediendo sobre la punta de los pies señaló el corredor silencioso.

Larbi, jefe de la guardia personal, acompañaba a dos camareros.

Laurent también retrocedió. El montacargas había bajado segundos después de que él saliese. Pulsó el botón de llamada y lo oyó subir.

Dijo Fred:

—De momento no puedo hacer nada. Pero la vigilancia se relaja un poco tras la comida. Apenas haya vía libre iré a buscarle al vestíbulo, al mismo sitio.

—No puedo abandonar este piso. ¿Dónde lleva este pasillo?

—A una terraza de servicio. Mal escondite. Alguien le encontrará tarde

o temprano.

—Tú procura saber lo que pasa en el 36. Te pagare el doble de lo que ya te di, por un dato seguro sobre dónde se encuentra la rubia intérprete.

Se encaminó hacia la pérgola. Los cabrilleos del lago se habían apagado bajo el cielo ensombrecido y algunos copos empezaban a girar en lenta caída en el aire inmóvil.

Cabalgó la balaustrada. Hizo en sentido contrario el camino recorrido diez minutos antes por Karen y Chambord.

En la terraza del 34 una irradiación luminosa perforaba el día crepuscular. Habían encendido las luces de una sala.

El príncipe Mulud Kader había descubierto que la música de su transistor se ampliaba o debilitaba según la orientación.

En su chilaba blanca que le caía hasta los desnudos pies, giraba sobre sí mismo con embeleso escuchando un saxofón sollozar contra su corazón.

Al quinto giro, su mirada cayó por azar en la puerta cristalera. Percibió un rostro asombrado, adherido al cristal. No era el de Chambord, pero era también simpático y sus ojos sonreían amistosos.

Laurent gesticuló invitante. Mulud vino a abrir. Saludó cortésmente al visitante.

—Soy Mulud, hijo segundo del emir Razin Kader —dijo en correcto inglés ceceante—. ¿No has encontrado a Chambord y la rubia gacela? Salieron por esta ventana para tomar algo de aire fresco.

—No he visto a nadie.

—¿Eres amigo de Chambord?

—Soy como su hermano.

—Entonces tendrás que venir con él y con nosotros. Sobra sitio en nuestro avión. Harif lo alquiló especialmente.

—¿Y qué vende tu padre el emir a los delegados extranjeros?

—No lo sé. No hay más que arena y piedras en Djabelah. Los trabajadores de Chambord se han roto el lomo durante seis meses perforando hoyos por la meseta. Pero sólo sacaron aire y apenas para rellenar un barril del negro aceite. Mi padre no cree que haya nada valioso y no se tomó siquiera la molestia de venir. Ha sido mi hermano Danil quien le representa aquí y discute con los compradores. Si logra vender el viento de Djabelah seremos ricos. ¿Te quedas y jugamos una partida de ajedrez?

—No, gracias. Prefiero oír tu caja de música.

Mulud, halagado, se puso a girar como una peonza sosteniendo el transistor al extremo de sus manos.

Pasó Laurent al cuarto contiguo y percibió un ruido de abluciones que procedía del cuarto de baño. Avanzó sigilosamente hasta la puerta que entreabrió un poco, sin soltar la manija.

Un hombre encorvado sobre el lavabo rociaba su boca sangrante,

tragaba y escupía agua, intercalando juramentos. Por fin se irguió para examinarse el rostro ¡ en el espejo.

Laurent reconoció al moreno sombrío que había escoltado a Karen en taxi, en avión y en el «Rolls», en compañía del rubio Chambord.

Grimaldo simuló no haber visto nada por encima de su hombro, y volvió a sumergir la nariz bajo el chorro.

Su chaqueta estaba colgada al fondo del cuarto de baño. Un desplazamiento hacia aquel lado podía dejarle a merced del desconocido. Y no estaba seguro de poder empuñar con la debida rapidez su amado cuchillo.

Cogió una toalla esponja, y fue palpándose suavemente el dolorido rostro caminando lentamente la corta distancia hacia la otra puerta que daba acceso al cuarto de Harif.

Por debajo de la toalla alzó el pestillo, empujó bruscamente el batiente y se abalanzó al cuarto, cerrando la puerta comunicante.

Alguien estaba llamando discretamente desde el pasillo.

Grimaldo atravesó el salón y vio entrar a Larbi, con su afilado rostro de chacal.

—¡Imbécil! Chambord y la intérprete se han escapado por el apartamento vecino. ¿Por qué les dejaste largarse?

Protestó Larbi:

—No he abandonado el corredor ni un segundo. Nadie ha salido de las habitaciones desde que se fueron Harif y los delegados. Chambord y la rubia están todavía en el piso, estoy segurísimo.

—¡Lo que hay es alguien en el cuarto de Mulud! —rugió Grimaldo—. Pero no es Chambord. Se escapó bajo tus propias narices con su espía y ni siquiera has visto al otro espía que se ha colado en el apartamento 34. Yo acabo de cerrar el cuarto de baño. Vete a dar rápidamente la vuelta por el pasillo. Este, por lo menos, no tendrá tiempo de escapar.

Larbi salió en tromba, llamó a su hermano Muley que estaba ante el ascensor y ambos irrumpieron en la sala del 34.

Mulud giraba incansablemente golpeando con sus talones desnudos la alfombra. Había elevado al máximo el volumen de su transistor. Los aullidos de un monstruo sagrado *pop* retumbaban en la sala.

Alzando implorante las manos, exclamó Larbi:

—¡Haz cesar este estruendo!

Consintió Mulud en bajar el volumen y dijo con altivez:

—Si vuelves a importunarme me quejaré a mi padre cuando regresemos a Djabelah. Te enviará a ordeñar cabras en tu *djebel* montañoso. ¿Qué quieres ahora?

—Chambord pasó por tu apartamento con una mujer vestida de blanco manto. Tuviste que verles. ¿Dónde fueron?

—Los vi, pero toda la estancia brincaba en mi rededor por obra y gracia

de esta música. ¿Por dónde entraron? ¿Por dónde salieron? Sólo Alá lo sabe. Tendremos que esperar que su voluntad se manifieste.

—Grimaldo no tendrá tu paciencia —dijo Larbi abrumado—. No está contento y vendrá a tirarte de las orejas...

—¡Sal de aquí, bellaco! Vete a decirle a este comedor de cochino que si se atreve a poner los pies en mi recinto privado, le haré cortar la mano derecha por los Jarkaniles del palacio.

Muley regresaba del cuarto de baño meneando la cabeza contrito.

—No hay nadie, pero alguien ha sangrado en la bañera y el lavabo.

—Es Abdel Grimaldo —manifestó Larbi abrumado—. Su boca y sus narices han doblado de tamaño en un instante.

Mulud rió gozoso.

—Pues ha perdido encima mil dólares. La otra noche apostó Chambord ante Danil y Harif que su puño tendría siempre más rapidez que el cuchillazo del mestizo egipcio-corso.

Los dos guardianes se fueron dejando al príncipe adolescente tendido boca abajo sobre la moqueta, extasiado ante su transistor especial que acababa de sintonizar un tam-tam de danzarinas Ulem en Radio Togo.

En equilibrio sobre la cornisa del piso doce, Pascal Laurent consiguió penetrar con los pies por delante por el ventanillo de aireación de un secadero.

Pasó al lavabo a peinarse, y saliendo desembocó en un corredor al mismo tiempo que un camarero que salía de una habitación, portando una bandeja.

En francés, especificó Laurent:

—Quería bajar al garaje, pero todo este lío de ascensores me ha confundido y ya no sé cómo salir de aquí.

—El garaje está en el tercer sótano, señor. Como tengo que bajar a las cocinas, acompañaré al señor. Con permiso.

Pulsó el botón del ascensor.

En el garaje subterráneo, unos coches del cuerpo diplomático maniobraban para ir subiendo la rampa conduciendo a la avenida de Francia.

Laurent se ocultó tras una columna al reconocer el «Rolls» blanco del emir. Casi parado ante la salida de ascensores. El chófer pasaba incansablemente un lindo plumero por la immaculada carrocería.

El joven secretario montaba guardia cerca de un poste en el cual había un teléfono. De vez en cuando marcaba números, solicitando le comunicasen lo antes posible con Abdel Grimaldo.

Por fin lo consiguió. Y Laurent oyó lo principal:

—Salieron los dos por el garaje. Klaus los vio coger un taxi. Se dirigían al aeropuerto. Le aguardo abajo, pero dese prisa, por favor. Nieva cada vez más y muchos aviones retrasarán su despegue.

Minutos después Laurent apremiaba al chófer de un taxi para que acelerase al máximo hacia Cointrin.

Un «Caravelle» de la Swissair acababa de despegar con destino Orly-París.

CAPITULO VI

A Gil Duclos le encantaba aquel tiempo gris y frío que despertaba su nostalgia de Normandía y de las calles brumosas de Cherburgo.

El péndulo de la gran sala marcaba con su vaivén las cuatro y diez de la tarde. En aquel mismo instante, el teléfono privado, tras la caja, repicó.

Duclos alzó el aparato procurando mantener el semblante impassible. Iban a anunciarle el resultado de la cuarta carrera, premio Bomanuar, sobre 2.400 metros.

Pestañeó emocionado: «Metek», pagaba veintidós por uno, y había ganado por dos cabezas.

El y su socio en las apuestas; Pascal Laurent, acababan de ganar cincuenta y cinco mil francos por barba.

Estuvo unos minutos reponiéndose de la emoción.

El camarero Silvio murmuró:

—Fíjese quién entra, patrón.

Miró Duclos hacia los recién llegados. Karen Benedek, con su eterna apariencia de Lorelei distante, acompañada por el grandullón rubio de cara jovialmente brutal que había venido por vez primera aquella misma madrugada.

Chambord eligió casualmente la mesa y banqueta del rincón izquierdo donde Karen, durante una quincena larga había buscado refugio contra su solitaria melancolía inquieta.

Al acudir Silvio dijo Chambord:

—El mismo coñac de esta mañana, cuyo nombre no recuerdo. El frasco era negro con etiqueta roja. ¿Y tú, preciosa?

Karen pidió su té y sus dos emparedados de siempre.

Al alejarse Silvio, dijo ella:

—Después iré a la agencia para firmar mi rutinaria hoja de término de jornada. Rochemont es muy estricto en este punto.

—Nada te obliga a ir allí —objetó Chambord secamente.

—Primero he de recoger mi paga, y además si no apareciese, ellos dos podrían sospechar que me ocurrió algo.

—¿Ellos dos?

—Rochemont y su esposa Berta.

—Sé que no contarás nada, pero te aconsejo que no vayas. ¿Te crees ya fuera de peligro?

—Contigo, sí.

—Pero yo no voy a estarme aquí hasta fin de año. Piensa que Harif y Grimaldo son unos energúmenos que reaccionarán con una temible rapidez. Les tiene muy sin cuidado la vida de un inocente que jura ser

discreto, como es tu caso, ya que eres inteligente. Haz lo que te digo. Vete a esconderte en un rincón perdido en el campo o en lo alto de un picacho, hasta el día en que los intereses de Harif, Grimaldo y los míos, ya estén: a salvo. Solamente entonces podrás respirar a salvo.

—¿Cuánto tiempo tendré que estar escondida?

—Máximo tres semanas.

—Bien, haré lo que me aconsejas. Me será fácil encontrar un refugio en la montaña del macizo central. Sin embargo, antes de irme, tengo que justificar mi ausencia de un modo u otro ante los Rochemont.

—Sería un error mortal —sonrió Chambord—. Puedes estar segura de que Grimaldo nos ha seguido en el primer avión. Apenas dispones de una hora de ventaja. Irá directo a tus dos direcciones que ya conoce; y luego a la agencia. Le será fácil engatusar por las buenas o las malas a Rochemont y a su paquidermo de esposa que para no complicarse la vida le dirán cuáles son tus proyectos.

Karen cedió por cansancio, fingiendo aceptar. Ansiaba verse cuanto antes con Pascal.

Propuso Chambord:

—En un salto nos llegamos hasta tu piso, recoges cuatro trapitos, y te dejaré en la estación. Has de colocar por lo menos quinientos kilómetros entre tu hermosa, persona y la hiena que antes de una hora llegará a Orly sobando su cuchillo.

—Pero así, sin dinero...

—Te dejaré el suficiente para que puedas aguantar durante tres semanas en un refugio alpino de lujo. Volverás con las mejillas como dos rosas y tu novio estará encantado de encontrarte en tan buena forma. Pero ten mucho cuidado... Has de borrar para siempre de tu memoria el nombre de Djabelah y desconfiarás hasta de tu vecina de cuarto, durante este tiempo.

Gil Duclos cruzó la mirada gris y casi implorante de Karen.

Llamó al teléfono de la cabina desde su propio aparato. Fue Silvio a tomar el recado, creyendo sería algún cliente. Reconoció la voz de su patrón.

—Vete a decirle a la señorita Benedek que la llaman al teléfono. Hazlo con naturalidad.

Poco después Duclos veía a Karen dirigirse a la cabina.

Chambord se había limitado a pedirle al camarero otra dosis de coñac.

En la cabina, murmuró Karen anhelante:

—¿Pascal?

—Disculpe. Sólo soy Duclos hablándole desde caja. Creo adivinar que desea perder de vista a su acompañante.

—En efecto, pero sería imposible. Me perseguiría de nuevo.

—Lo vamos a arreglar. Al salir de la cabina, gire inmediatamente a su

derecha y atraviése el *office*. La puerta al fondo abre sobre el patio interior del inmueble, desde donde llegará a la avenida. Tendrá varios minutos de ventaja a condición de que vaya aprisa. ¿Quiere dejar algún encargo para Pascal?

—Yo desearía volver a mi piso, pero sería una estupidez. ¿Puede usted darme alguna idea?

—Pascal me reprocharía haberla dejado en apuros. Atraviése el *office* como le he dicho y suba la pequeña escalera que lleva a mi piso. No hay nadie allá arriba. Entre y cierre con llave. Apenas su escolta se haya ido, ya la telefonearé. Y entonces, a su gusto, podrá volver a bajar al bar o aguardar tranquilamente en mi piso la llegada de Pascal.

Silvio tras escanciar el coñac al «turista», fue a echar un vistazo al *office* y regresando con la bandeja vacía alzó el pulgar. La operación había dado resultado. La rubia Karen había desaparecido.

Chambord se concedió cinco minutos para saborear el excelente coñac. Castañeteó los dedos y acudió el propio Duclos.

—Este venerable licor es espléndido. ¿Cuánto le debo?

Pagó sonriente y salió a grandes zancadas.

Duclos admiró aquella indiferencia que revelaba al aventurero inteligente, calmoso, endurecido en el crisol del bandidismo económico de envergadura.

Fue a telefonear a su apartamento. Al no recibir respuesta, subió rápidamente.

La llave seguía al exterior. No había nadie en el apartamento.

* * *

Chambord empujó la puerta del despacho de traductores. No había más que la telefonista que estaba enfundándose el abrigo.

—La agencia cierra a las cinco. Todo el mundo se ha ido ya.

—¿Dónde está Rochemont?

—Desde esta mañana tiene consulta en la casa de los intérpretes jurados. Como todos los jueves. Solamente regresará a la hora de la cena.

—¿Puedo comprobarlo?

Y abrió Chambord la puerta del despacho directorial. Pulsó las luces. Olía a colillas enfriadas.

Fue abriendo armarios, y apartó una cortina que ocultaba un pequeño vestuario provisto de lavabo.

La telefonista le observaba algo asustada.

Preguntó Chambord:

—¿Y la jamona?

—Si se refiere a la señora Berta Rochemont acaba de volver a su apartamento, pero no sé si aceptará recibirle. Es aquella puerta. Yo me voy.

Chambord repicó en la puerta con ritmo suave.

Desde detrás preguntaron:

—¿Es usted, Georgina?

Agudizó el canadiense la voz:

—Sí, señora.

La puerta se entreabrió con precaución. El visitante agrandó el paso con un golpe de hombro introduciéndose en el pasillo, y volviendo a cerrar.

Deteniéndose en su proyectado pero forzoso retroceso, protestó indignada Berta Rochemont:

—No le gustaron a mi marido sus modales esta mañana. Pase todavía que irrumpiese usted en su despacho... Aquí como en otros negocios, tenemos que tratar con mal educados. Pero este modo de allanar mi domicilio privado justificaría una denuncia a la policía.

Con sus rubios cabellos en moño, sus anchos hombros y la recia opulencia de su cuerpo apretado en un vestido de punto violeta, Berta Rochemont parecía la personificación de una Walkyria.

—Pero ya que está aquí, deseo saber dónde está señorita Karen Benedek.

—Es precisamente la pregunta que iba yo a hacerle señora. Y no me extrañaría nada encontrarla prisionera en un armario. ¿Me permite?

Contorneó ágilmente la masa femenina y empezó su registro.

—¡Voy a llamar a la patrulla policial!

—Llame también de paso a la portera y al alcalde, si quiere. Yo necesito encontrar a Karen, y la encontraré. Puede seguirme. No soy un ratero.

El salón era enorme, tapizado con terciopelos de motivos orientales. Con vitrinas conteniendo jades y marfiles.

No había rastro del paso de nadie ni de una huida precipitada. Por contraste, el dormitorio, estrecho y sombrío parecía casi miserable.

Se inclinó Chambord para mirar bajo la cama, y tras inspeccionar los dos armarios, se volvió.

La dueña se hallaba inmóvil en el umbral. Había cambiado de expresión. Inexplicablemente, parecía como si de pronto estuviera asustada, y sin embargo en sus ojos relucía mucha maldad latente.

Dijo ella con repentina ironía ácida:

—Todavía le falta por mirar la cocina y el cuarto de baño.

—Vamos a ello, señora.

Pero tampoco había nada sospechoso en ambos cuartos.

Señaló una puerta a la izquierda del fregadero.

—¿Qué hay ahí detrás?

—Es la entrada de servicio. La salida de basuras.

—Si es una indirecta, la aprovecho.

El rellano estaba sumido en una penumbra oliendo a humedad y pobre.

Ladeaba Chambord la cabeza. Un cierto instinto le prevenía que aquella mujerona era muy capaz de golpearle con algo contundente por la espalda.

Pero al ir avanzando por el patio, oyó cerrarse la puerta.

Se dirigió lentamente al Clos Bar. Sentía deseos de beber un tercer coñac.

Miró a través de los cristales del bar.

En la banqueta de cuero rojo que Karen había abandonado media hora antes, estaba instalado un bebedor pensativo, de perfil siniestro.

Abdel Grimaldo se llevó el vaso a la boca, mojando sus labios agrietados y reprimiendo una mueca de dolor.

CAPITULO VII

Chambord se detuvo ante Grimaldo.

Le miraba sonriente, sin provocación.

Pasaron unos segundos tensos. Por fin, encogiendo los hombros, masculló Grimaldo con voz rencorosa:

—Ha pasado ya tiempo suficiente desde que salí de la bañera, para que se me esfumaran los rabiosos deseos de despellejarte a tiritas, con recochineo sádico, Canadá.

—Ya lo dice el proverbio. No hay mejor bálsamo que el transcurso de las horas, Grimal.

—Estarás ya satisfecho, ¿no?... Ahora que la paloma voló.

—Todos tenemos nuestros instantes de debilidad.

Atrayendo un sillón se instaló frente al corso-egipcio. Agregó:

—Además debiste comprender que no iba a gustarme verte degollar a una preciosa muchacha, Grimal. ¡Ey, camarero! Lo mismo para mí.

Gil Duclos ya había cogido el frasco. Se molestó en servir él mismo con lentitud para tomar la temperatura del coloquio. Todo iba bien.

El árabe parecía ya calmado y el yanqui reía alegremente, aunque sus ojos no participasen de la jovialidad exhibida.

Sus ojos vigilaban muy atentamente los movimientos de su compañero. Grimaldo deglutió dos pequeños sorbos de coñac como si fuera una purga. Y palpó maquinalmente su puñal por encima de su chaqueta.

—Parece increíble que hayas vivido un par de años seguidos por las riberas del golfo Pérsico. Te consta sobradamente que un buen negocio ha de madurar en el secreto más total, y que, a veces, basta una levísima indiscreción para echarlo todo a perder.

—Gracias por la lección, maestro. Pero también me consta que el mejor medio de excitar la curiosidad de los observadores profesionales, es arrojarles como pasto un cadáver de rubia preciosa. Aquí, estamos en Europa.

—No soy ningún analfabeto. Lo que sí sé es que la rubia sabe lo suficiente para estropearnos el negocio. Harif me dio carta blanca para liquidarla. Por tu sensiblería se nos ha escapado la rubia... Casi me la figuro explica todo lo que tradujo ante un dictáfono... Y ahora, ¿dónde y cómo la volvemos a atrapar?

Grimaldo estaba trémulo de rabia impotente.

Chambord abrió las manos en gesto fatalista. Expuso calmamente su punto de vista:

—Lo sensato habría sido contratarla por un mes, por ejemplo, llevándola con nosotros a Djabelah hasta la puesta en marcha de la

explotación. Esto no hubiera intrigado a nadie. En cambio dejar el cadáver de la intérprete por Ginebra hubiera hecho rebosar la fosa.

—¿Cuál fosa?

—Escucha, Grimal... No dije nada cuando degollaste al periodista americano que rondaba como un moscardón por nuestros pozos de sondaje. Ni cuando sangraste a dos supuestos cazadores que trataban de colarse en el pozo mayor. Ocurrió en la Arabia feliz donde basta remover arena y ya está hecha la fosa.

—Menos divagaciones, sabihondo. ¿Por qué defendiste a la rubia?

—Porque entonces no la consideré peligrosa.

El silencio se estableció entre ellos. Chambord apuró lentamente la mitad de su copa, escrutando la fisonomía inquietante del mestizo que le acechaba por entre sus párpados entornados.

Dijo finalmente Grimaldo:

—Harif confía en mi olfato para eliminar la gente peligrosa. Vete con cuidado conmigo, Chambord. Te noto reservado, como si desconfiases de mí.

—Voy a darte un buen consejo, amigo. La próxima vez que me amenaces, dada mi gran sensiblería te partiré la boca, pero sin remedio, porque te meteré los nudillos hasta la misma campanilla, y solamente quitaré el puño cuando ya no respire para siempre jamás. Amén.

—Eso sí que es el colmo. Tú resbalas, y la tomas conmigo.

—Otro consejo y es el último, amigo. Sepárate por unas horas de tu pincho y te curarás al instante de esta maldita mentalidad que envenena nuestras relaciones.

No esperaba un milagro y sin embargo el gesto de Grimaldo le asombró.

El puñal quedó bajo la manga del mestizo quien lo hizo avanzar hacia Chambord con el mango hacia adelante.

El canadiense lo hizo desaparecer inmediatamente en el bolsillo interior de su Loden.

—Así iremos mejor, Grimal. Ya solamente desconfío una pizca de ti. Podemos charlar amistosamente ahora.

—Bien, empecemos ocupándonos de lo que importa. No podemos regresar a Ginebra dejando esta amenaza suspendida tras nosotros. ¿Te imaginas el furor histérico de Harif?

—De acuerdo. Se trata de meterle nuevamente mano a Karen lo más pronto posible. Si lo conseguimos cogerá el avión con nosotros por las buenas o por las malas antes de la medianoche.

—¿Dónde te hizo el salto?

—Aquí mismo. El clásico truco del telefonazo. Pero no salió por la puerta grande. Debieron abrirle una salida de servicio.

—Por consiguiente alguien del bar está conchabado con ella, ya sea el

gordo del dueño, o uno de los dos camareros. Vamos a interrogarles separadamente.

—Sería una torpeza ponerles la mosca en la oreja. Al entrar con Karen me pareció que era asidua del local. Si no formamos zafarrancho aquí, hay tal vez una posibilidad de que vuelva.

—¿Exploraste los contornos?

—Fui recto a la agencia. No estaba allí. Solamente vi a la matrona que hace buena pareja con el viejo caimán de esta mañana. También puede ir allí si cree que nos hemos marchado. Pero, tampoco en la agencia obtendremos nada interrogando «hábilmente» a trompazo limpio.

Grimaldo empezó a impacientarse.

—Perdemos el tiempo con tantas sutilezas. ¿Dónde quieres ir a parar con tus rodeos?

—Karen no se escapó porque tuviese miedo, ni tampoco para sacar beneficio de las informaciones que pudiese vender a alguien. Te diré mi opinión, mi corazonada. Está enamorada y tenía mucha prisa por volver a encontrarse con su amado. En su casa.

—¿La crees tan cándida?

—El amor atonta.

—¿Y si no encontramos a nadie en el nido?

—No tardará ella mucho en asomarse. Y en todo caso, el otro estará ya esperándola en batín y chancletas. No perdamos ni un minuto en buscar por otros sitios.

—¿Y si el pájaro no quiere abrir el pico?

—Entonces te devolveré tu abrelatas.

* * *

Duclos los vio salir con gran alivio. Poco después el teléfono repicó junto a la caja. Lo cogió Duclos. Oyó la voz de Pascal Laurent:

—Hola, socio. Hablo desde una cabina. Acabo de llegar a Orly. Dime, ¿ha vuelto Karen?

—Estuvo aquí con el rubio americano.

—Es canadiense y se llama Chambord. ¿Dónde está Karen?

—Pudo zafarse dejando al canadiense ante su copa. No sé más. Oye, por cierto, referente al pencho que me dijiste jugásemos...

—¡Déjame hablar a mí, por favor! ¿Dijo algo Karen antes de irse?

—Ni palabra. Debió salir por la avenida y coger un taxi.

—¿Hacia adonde?

—Eso, muchacho, ¿quién mejor que tú para saberlo?

—Acabo de llamar a su piso. No responden. O bien fue a otro sitio, o bien alguien la ha vuelto a atrapar. ¿Qué pasó con Chambord?

—Salió del bar cinco minutos después que Karen. Luego llegó su compinche con huellas de haberse hecho estropear la cara recientemente.

—¿Dónde y por quién. ¿Y luego?

—Segunda aparición del canadiense. Estuvo conspirando con el árabe...

—Es mestizo corso y egipcio. Se llama Abdel Grimaldo. ¿Qué pasó?

—Intercambiaron opiniones de las que no pude enterarme como es lógico y no hace ni cinco minutos que se fueron.

—Estoy verdaderamente angustiado, Duclos. Y debes imaginarte la razón. Karen, sin saberlo, se ha embarcado en un asunto muy feo.

—Ojalá pudiera darte algún dato... Creo que lo mejor es que vengas directamente a mi bar. Si algo nuevo se presenta mientras, así ya lo sabrás al instante... ¡Espera! ¡«Metek» ganó!

Pero antes de estas dos exclamaciones, había ya colgado Laurent.

Pascal Laurent llegó con aspecto de cansancio. Se desplomó como un saco en la banqueta de sus entrevistas con Karen.

Abrió los ojos al oír el saludo amistoso de Duclos que descorchaba un cuarto de Heidsieck.

—¿Ha telefoneado Karen?

—Todavía no. Mira al extremo del mostrador... Aquel tipo fornido que bebe cerveza. Sabe dónde está Karen.

Hizo Duclos un ademán y Laurent distinguió vagamente la silueta maciza, con cazadora de piel forrada de cordero, que se aproximaba y que dijo cordialmente:

—¿No me recuerda? A veces le he traído de algún hipódromo con otros periodistas.

Volvió a calarse la gorra y las gafas negras.

Cansado, dijo Laurent con voz pastosa:

—Usted es Zac Lazar y conduce un «D.S.» azul marino. Le vi partir esta mañana con dos individuos que en su taxi se llevaron a mi esposa.

—¿Tu..., tu esposa? —tartamudeó Duclos sorprendido.

—Lo es desde hace dos días. El flechazo total. Sin publicidad ni alboroto. Pasamos ante el alcalde y el cura. Karen es mi esposa.

El chófer manifestó:

—Se equivoca. No soy Lazar. Debe confundirse por la cazadora, la gorra y las gafas. Me llamo Flamand y conduzco una «404» gris metálico. Pero no hace mucho estaba yo charlando con Zac Lazar en la parada de la avenida Montaigne. Al cabo de un instante, una joven rubia que parecía conocerle salió por el patio interior de este bar. Subió aprisa en su taxi dando por dirección el 55 del bulevar Renan. Supongo es el del domicilio conyugal. Si quiere que le lleve, mi taxi está delante del bar.

—De acuerdo. Espéreme fuera, Flamand. Voy en seguida.

Le preguntó a Duclos:

—¿Has llamado al 55 Renan?

—Varias veces. Nadie contesta, pero esto no significa nada. Si supone que vas a llegar de un momento a otro, ¿crees que contestaría las

llamadas? Correría el riesgo de señalar su presencia a los que la buscan con malas ideas.

Meditó Laurent este razonamiento lógico durante el trayecto, sin lograr tranquilizarse.

El taxi se detuvo ante el inmueble que se vislumbraba tras una hilera de árboles.

—¿Quiere que le espere? —inquirió el taxista.

Denegó Laurent añadiendo una generosa propina por la información. Avanzó por la corta alameda, entre los retorcidos y desnudos árboles.

Toda la casa estaba a oscuras, salvo la última ventana de la esquina cuya persiana de láminas dejaba filtrar estrías de luz amarillenta.

CAPITULO VIII

Introdujo su llave en la cerradura, abriendo y cerrando tras él sin el menor ruido. El salón estaba iluminado.

El abrigo blanco yacía en el suelo. Al avanzar percibió Laurent las manchas escarlatas que moteaban el cuello.

Permaneció unos instantes petrificado. La visión de aquella sangre muy roja le inundó de una atroz tristeza.

Caminó como un autómatas hasta el umbral del dormitorio.

La cama estaba vacía. Las pantallas de las mesitas de noche a uno y otro lado esparcían una tenue claridad.

Debido a aquel claroscuro no vio de inmediato silueta que se erguía de perfil entre la cama y la puerta del cuarto de baño.

El desconocido se cubría con un gorro de astrakán.

El bolso de Karen acaparaba toda su atención. Vaciaba su contenido sobre la cama, registrando los bolsines interiores. Halló, por fin, algo que le suscitó una risa satisfecha.

Laurent distinguió a la distancia en que se hallaba un fajo de billetes de Banco.

Al deslizar los billetes en el bolsillo posterior del pantalón, el desconocido giró la cabeza.

Vio la sombra que bloqueaba el umbral.

Respingando, retrocedió un poco.

—¿Quién es usted? —preguntó con descaro—. ¿Y cómo ha entrado?

Calculaba Laurent su propulsión. Quería primero agarrar por el cuello al intruso, y arrancarle la verdad.

—¿Dónde está Karen? ¿Qué le hiciste?

—¿Yo? Absolutamente nada. Debe estar en cualquier otro sitio.

Crispados los maxilares, afirmó Laurent entre dientes:

—Voy a matarte...

Se preparaba a saltar. Oyó moverse a alguien a su espalda.

Un golpe certero le abatió de bruces contra la alfombra.

Salió de la nada a efectos de una agradable sensación de frescor.

Alguien pasaba por su rostro una toalla mojada.

Laurent abrió penosamente los ojos y reconoció, al instante, el rostro suspendido encima suyo en medio de una niebla rojiza: Chambord.

—Eres un... cerdo. Fuiste tú quien me golpeó...

—Cerdo o no, acabo de llegar. Entraste unos minutos antes, dejando tu llave en la puerta. El otro se había ya largado por la cocina.

—Eran dos... Primero el hombre que registraba el bolso de Karen. Y otro que me golpeó por la espalda. Este eras tú... Y Karen ha muerto.

—¿Ha muerto? ¿Por qué lo crees así?

—Su abrigo lleno de sangre en el salón. ¿No lo viste?

—Pero ella no está dentro del abrigo. Y hemos registrado toda la casa sin resultado. Si alguien tuvo la buena idea de silenciarla, aquí dentro no fue.

Laurent se incorporó sobre un codo, sacudiendo la cabeza para despejarse. Se palpó con mimo el occipucio.

Poco a poco su vista fue normalizándose. Al fondo del cuarto vio a un individuo que inspeccionaba el interior del bolso y los objetos esparcidos sobre la colcha.

Reconoció al mestizo Grimaldo.

—¿Qué hacéis vosotros dos aquí?

—Lo mismo que tú. Buscamos a Karen.

—¡Karen ha muerto!

—Un abrigo manchado de rojo no significa nada. Además, ¿cómo puedes saber que es la sangre de tu chica?

Inclinándose, Chambord ayudó a levantarse a Laurent.

—¿Crees realmente que eran dos los que te atacaron?

—Estoy seguro. El hombre con el gorro de astrakán estaba en el mismo sitio que tu compañero, y vaciaba el bolso de mi mujer. El otro, no pude verlo, pero no fue un fantasma el que me produjo este chichón en el cogote.

—Hablaste de un gorro.

—Un gorro de astrakán gris. Del resto, nada. Su rostro no resaltaba claro en la escasa iluminación. Llevaba guantes.

—¿Qué encontró en el bolso?

—Una buena cantidad en billetes. ¿Tú se la diste?

—No. Para la retribución de Karen nos entendimos directamente con la agencia.

Grimaldo avanzó lentamente. Conminó con voz áspera:

—¿Dónde está ella? Tienes que saberlo. Después de hacernos el salto esta zorra rubia vino aquí sin perder un segundo.

Pascal Laurent pronunció su respuesta con lentitud:

—Karen es mi mujer desde hace dos días. A partir de ahora, si vuelves a hablar de ella en mala forma, te tragarás los dientes. ¿Comprendido?

Grimaldo se aproximó con amplia sonrisa, preparando su rápido bofetón en dos tiempos,

Laurent se distendió como un resorte, asestando un cabezazo en el pecho del mestizo. Y se abatió impetuosamente encima de él, derribándolo de espaldas.

Alzaba ambos puños dispuesto a restallarlos contra el rostro tumefacto de Grimaldo que de resultas del inesperado impacto contra el suelo se hallaba medio entontecido.

Chambord asió por los codos a Laurent. Dijo riendo:

—No podemos perder tiempo estropeándole más el físico a Grimal. Hay cosas más urgentes, hombre. Recuerde a Karen.

Levantándose vacilante imprecó Grimaldo en varias lenguas.

—Te está bien empleado, socio —afirmó Chambord— Siempre aconsejando a los demás que se callen, pero tú eres un grajo provocador. Tienes un molesto complejo de superioridad que te hará morir a edad prematura.

Grimaldo miró rencorosamente de soslayo a Laurent. Le dijo a Chambord:

—Este fulano es cómplice de la intérprete. Desde que salió ella de París... Pregúntale qué hacía esta tarde en el piso doce del Continental.

Extrañado, Chambord se volvió hacia Laurent.

—¿Es cierto? ¿Estabas allí?

—Claro. Es mi legítimo derecho vigilar a mi mujer cuando la asocian contra su voluntad a rufianes políglotas. Estaba en el «Caravelle» detrás de vosotros tres y llegué antes que vosotros al Continental. Os fallé por muy poco en el vuelo de regreso. Si alguien la ha matado, os haré responsables a los dos.

—Deja ya de mortificarte con una supuesta muerte que nada nos demuestra con evidencia.

Intervino Grimaldo:

—Me sorprendió en el cuarto de baño. Pero para llegar hasta allá tuvo forzosamente que pasar por el apartamento del príncipe Mulud.

Inquieto, miró Chambord con inquisitiva fijeza a Lorent.

—¿Mulud te dijo algo?

—Nada especial. Me propuso jugar al ajedrez, pero yo no tenía tiempo. También me invitó a ir a Djabelah. De todos modos, podéis estar seguros que no tuve tiempo de arrancarle ningún secreto. A mí lo único que me interesa es encontrar a Karen. Además, no fui el único que os siguió hasta Ginebra.

—No intentes desviar la escama. Éramos unos sesenta a la partida, y casi otros tantos a la vuelta. Se necesitaría una clarividencia especial para adivinar quién sigue a quién secretamente en la masa anónima de los pasajeros.

—A menos de conocerle personalmente —replicó Laurent— o dé recordarle de pronto cómo acabo de hacerlo.

—Explicate más claro, ¿quieres? Dices que sabes que alguien nos siguió. ¿En el avión de ida o en el de regreso?

—En el de regreso. En el mío que salió dos horas después que el vuestro.

—No comprendo nada de nada.

—Pues es bien sencillo. Yo me embarqué en Ginebra en un viejo «DC

3», en el espacio de sobrecarga, con otros seis pasajeros. Uno de ellos estaba sentado cerca de mí, en un plegable. El también había hecho el viaje de ida en el «Caravelle» de esta mañana. Y lo encontré aquí, en esta habitación. Era el tipo del gorro de astrakán.

En el silencio que siguió el canadiense y el mestizo se miraron interrogantes. Agregó Laurent:

—No creo que este individuo haya recorrido mil kilómetros únicamente para registrar el bolso de mi mujer.

Por vez primera habló Chambord en tono amistoso:

—¿Quieres ayudarnos? No sacaremos nada con echarnos zancadillas los tres. ¿Quieres encontrar a tu mujer? Haremos lo imposible para que te sea devuelta sana y salva. Para nosotros es vital que el silencio de Karen nos sea garantizado por ella misma y por todos aquellos que la han rozado de cerca desde su regreso de Ginebra. Por consiguiente podemos entendernos, ¿no?

Grimaldo, sombrío, dio una cabezada de asentimiento.

Laurent manifestó:

—Estoy de acuerdo, pero mis informaciones de poco van a servir. Puesto que estáis en el secreto del asunto, es a vosotros a quien incumbe dirigir la búsqueda.

—Sólo hemos estado hoy en París —gruñó Chambord—. No sabemos nada de la gente que frecuentaba Karen fuera de sus horas de trabajo. ¿Sentíase amenazada por alguien?

—Se quejó varias veces de que la seguían. Pero apenas me emparejé con ella, la dejaron en paz. Nunca pude comprobar si sus temores eran fundados o imaginativos. Hasta esta noche...

Y mostró el abrigo manchado de sangre.

—¿Es de veras el de ella? —preguntó Grimaldo.

—Hiciste el viaje París-Ginebra a su lado. Puedes reconocerlo tan bien como yo mismo. ¡No lo toques!

Grimaldo retrocedió prudentemente ante el rostro colérico del francés.

Desprovisto de su estilete, el mestizo tenía la sensación de estar amputado de la mano derecha.

Preguntó Chambord:

—¿Veía a mucha gente fuera de sus ocupaciones profesionales?

—A nadie. Karen era una muchacha solitaria, maltratada por la vida. Ya no esperaba ninguna clase de felicidad. Ni siquiera estoy seguro de haberla curado de su pesimismo al casarme con ella.

—Vuelve a hablarme de este gorro de astrakán.

—¿Qué quieres que te diga de nuevo? Un gorro de material lanudo en ricitos grises, no sé si de legítimo astrakán o de pacotilla. Posiblemente el ladrón debe tener cuatro pelos sobre el cráneo. Para evitar resfriarse emplea esta clase de cubrecabeza.

Chambord rió de pronto. Sin jovialidad.

Grimaldo, que conocía bien a su compañero de aventura, percibió la amenaza bajo aquel aparente buen humor.

El canadiense apoyó el índice sobre el pecho de Laurent.

—Si insisto tanto sobre este gorro, es motivado por un recuerdo muy concreto que ha ido plasmándose en mi retina. El gorro que vi esta mañana no estaba en la cabeza de nadie. Se hallaba sencillamente sobre una mesita. Y posiblemente sea el mismo gorro de marras.

—¿En el Clos Bar? —apuntó Grimaldo.

—No. En el despacho del director de la agencia Rochemont.

CAPITULO IX

Justin Rochemont se quitó el gorro gris con un suspiro de alivio. Lo colgó en la percha. Su rostro lívido brillaba sudoroso.

Dijo jadeante:

—Las pasamos canutas, querida. ¿Es que no sabías que la chica tenía un novio?

—Los sabuesos de la agencia Argos nunca señalaron nada sospechoso en este sentido —replicó Berta.

—¿Y si... lo has matado? Porque le atizaste un estampido espantoso en pleno pescuezo, querida.

—Comprenderás que no tuve tiempo de irme con delicadezas. No habrías durado ni un segundo ante aquel mozo grandullón. ¿No recuerdas ya lo que te dijo? Dijo «Voy a matarte...». Y estoy segura de que lo habría hecho.

Justin Rochemont cerró los ojos horrorizado imaginándose aplastado sobre la moqueta, desangrándose.

Agregaba su esposa:

—Entró con llave. ¿Comprendes lo que esto significa? Karen lo hizo partícipe de su juego porque supo ella leer en el nuestro. Estábamos demasiado confiados en su docilidad. No debiste exagerar las consecuencias de su pase clandestino del Este al Oeste. Exageraste también al creer que ella siempre nos obedecería.

Rochemont veía ascender el resentimiento en la mirada furibunda de su walkyria que le dominaba en talla, peso y malas ideas.

—No discutamos, querida. No es preciso asustarse simplemente por un abrigo manchado de sangre. Nada nos acusa. Todavía.

Se quitaba los guantes con meticulosidad, enrollándolos el uno sobre el otro, sin tocar la fina piel exterior.

—¿Y ahora qué pasará? —preguntó Berta.

—Absolutamente nada. Los polizontes embestirán cabeza gacha en cualquier otra dirección y no acudirán aquí más que en última instancia. Para obtener informes accesorios, sobre el *curriculum vitae* de la difunta.

Pasaron al salón trufado de jades y marfiles. Un subastador amigo había inspeccionado aquel pequeño museo. Atornillándose una lupa en la órbita izquierda, dictaminó:

—Con poca publicidad, en la Sala Monfric os darían un millón en efectivo por todo eso.

De momento, la cifra no había deslumbrado a Rochemont. Confiaba ganar mucho más, lanzando a Karen sobre un buen asunto. Como lo era el que se había presentado aquella misma mañana.

Y ahora, Karen, la muy necia, se había dejado matar.

—¿Con agua o sin? —preguntó Berta, sirviéndole tacañamente dos dedos horizontales de vino de Borgoña.

—Los vinos sin bautizar, querida. Cuando pienso que esta misma mañana olfateé la gran fortuna apenas habló el rubiales... Era el clásico intermediario petrolero. Karen nos ha hecho perder una fortuna al caerse muerta de regreso del viaje.

—Por culpa tuya. Por haberla perdido de vista. Y ahora los dos matones que se la llevaron, ¿dónde la habrán escondido?

—Ni lo sé ni nos importa, mujer. En estos momentos, casi seguro que navega entre dos aguas bajo los puentes hasta que una esclusa la agarre. Y murió sin haberme soltado el menor dato...

—Por culpa tuya. No tenías otra cosa que hacer que seguirla en el avión de regreso y fallaste. La creías una inocente y se burló de ti.

—No se burló de nadie, mujer. La hacíamos vigilar, ¿no? Los informes de la agencia Argos indicaban que últimamente iba a diario a un bar de la vecindad: el Clos Bar. Entré un par de veces, pero ella siempre estaba sola. Y la mirada del dueño no me agradaba nada. Además me cobraba el triple por un simple blanquillo.

—¿Guardaste las llaves de la cocina?

Se registró él los bolsillos, y sacó el juego facilitado por un cerrajero amigo. Aquellas dos llaves planas les habían permitido registrar el domicilio de Karen, varias veces, sin el menor riesgo.

—No olvides de librarte de estas llaves—recomendó Berta—. Y coloca los billetes en la caja. Ha sido tu único acierto del día. El bolso que encontraste por casualidad al apartar la colcha.

Se levantó ella para dirigirse al cuarto de baño.

Al cabo de un instante, Rochemont depositó su vaso y tendió el oído. Rascaban en la puerta de servicio.

Giró la cabeza y vio deslizarse algo bajo el batiente.

Un sobre bastante grueso cuya mitad solamente logró pasar la ranura. Fue a abrir bruscamente la puerta.

Y una mano brutal le rodeó la nuca.

Reconoció, asustado, al visitante. El rubio Chambord.

Rochemont quiso protestar y pedir auxilio. Intentó a la vez liberarse. Pero Chambord le aplastó la otra mano sobre la boca, y atravesó el apartamento a toda velocidad, suspendido en vilo.

Mareado, se tambaleó al soltarle Chambord que estaba quitando el pestillo de la puerta principal.

Entraron otros dos hombres hasta entonces aguardando en la antesala.

Chambord avisó:

—No chilles, quédate bien tranquilito y seremos encantadores contigo. ¿Dónde está el ballenato que tienes por mujer?—En..., en el cuarto de

baño.

—Vete a ver, Grimal. Y desconfía de sus reacciones. Te aventaja en la báscula por lo menos en veinte kilos.

Saliendo, se encontró Berta ante un individuo moreno al que no conocía. Grimaldo esgrimía el atizador de la chimenea.

Ella lo comprendió todo al ver surgir a Chambord que empujaba a su marido por la nuca.

El tercer intruso, un grandullón también, y rubio al igual que el canadiense, llevaba en su brazo derecho un abrigo de mujer manchado de sangre.

Sonreía afable. Y dijo cortésmente:

—Nos hemos encontrado hace poco en el domicilio de una amiga común. Y ya me explicó lo que me sucedió al verla a usted de frente.

Expuso Chambord:

—Aviso a los cónyuges Rochemont que el menor grito os será recompensado con un matrazazo. Vamos a sostener una pequeña sesión confidencial a cinco voces a puerta cerrada.

Grimaldo olfateó asqueado la atmósfera confinada del salón.

Le aconsejó Chambord:

—Nada de falsos movimientos, Grimal. La sala como ves está llena de monerías. Podrías romper tontamente un par de jades si tu prisionera te hace objeto de brutalidades.

Rochemont se puso lívido. Lo único que amaba era sus antigüedades. Al pasar, Chambord arrancó el hilo telefónico. Señaló los dos sillones a ambos lados de la chimenea.

Berta y Justin se sentaron dócilmente.

Palpando los conmutadores, hizo surgir Grimaldo una luz suave en los cuatro rincones del museo. Los tesoros de la colección Rochemont empezaron a rutilar en sus vitrinas.

Regresó Laurent de su exploración del apartamento.

Anunció:

—No está aquí.

Dijo Chambord apuntando con el índice a Rochemont:

—Tu esposa debió ponerte ya al corriente de mi reciente visita. No creas que este retorno sea dictado exclusivamente por el interés profesional. Hay una gran novedad. En este salón hay alguien que busca a Karen por otros motivos. Y me temo que no os tolerará la menor mentira.

Laurent sonrió gentilmente a los Rochemont.

—Ustedes han esclavizado a Karen durante algún tiempo sin imaginar que un día recobraría su independencia. Sin que nadie lo supiera, Karen se ha casado con un hombre que se cobra muy caro aquello que le roban.

Berta, rígida y maciza, miraba ante ella con una expresión indescifrable. Justin disimulaba su asombro, pero en sus ojos mortecinos

brillaba ahora un destello desagradable.

—¿Por qué sonrío? —preguntó Laurent.

—No sonrío —replicó Rochemont—. Si la boda a la que usted alude ha sido una especie de trampa tendida entre Karen y la agencia Rochemont, la trampa se ha vuelto contra vosotros. No sé lo que le ha podido pasar a esta condenada víbora, pero le está bien empleado.

Los modales educados del francés le habían tranquilizado imprudentemente.

Laurent adelantó una mano, cogiéndole por la pechera en estrujón. Y la zurda de revés chocó contra su perfil derecho.

Salió Rochemont proyectado contra la pared.

La vitrina cercana se desplomó con estruendo sembrando su contenido sobre la alfombra.

Berta se irguió como una arpía furiosa.

—¡Siéntate y no te muevas! —conminó Chambord—. A la próxima te conviertes en pava a la «brocheta».

Exhibió el estilete del mestizo.

Rochemont contemplaba horrorizado las roturas. Algunos marfiles habían resistido el choque. Pero los jades se habían pulverizado.

—Luego barreremos —le consoló Chambord—. Vuelve a tu sitio, y cuando te interroguen no seas gamberro. Y ahora cuéntanos el empleo de tu tiempo desde el instante en que salí de tu despacho. Eran exactamente las nueve y diez. Anda. Te escuchamos atentamente.

Justin Rochemont meditó que podía todavía engañarles, a condición de contar los hechos con astucia.

—Partí para Ginebra en el mismo avión que vosotros. La propia Karen me pedía a veces que la acompañase a distancia, tanto a la ida como a la vuelta. Y usted no me hizo buena impresión.

Rió Chambord alegremente.

—¿Te das cuenta, Grimal? No le hice buena impresión, yo que soy dulce y comedido... ¿Cómo supiste dónde íbamos a volar?

—Me dirigí en taxi a la dirección que había dado Karen para que usted la recogiese.

—¿Y entraste tras nosotros en el Continental?

—Juzgué más prudente esperar fuera en un taxi.

—¿Me viste salir del hotel con Karen?

—Sí, por la rampa del garaje. Os seguí hasta Cointrin, pero los dos teníais pasaje. Yo no pude partir sino dos horas más tarde.

—A mi lado —intervino Laurent—. Estaba usted verde de pánico a causa de los baches de aire.

Parecía desinteresarse del debate y pasaba revista a las vitrinas. Una le llamó la atención. Contenía las piezas más preciosas. Unos jades de un amarillo luminoso, trabajados con un arte exquisito que daba a las

figurillas una ligereza irreal.

Hizo correr el panel de cristal, sopesando un grupo de bailarinas entrelazadas.

Rochemont seguía sus movimientos con ojos desorbitados.

Preguntaba Chambord:

—¿Qué hiciste al desembarcar en Orly?

—He telefoneado a mi mujer desde una cabina del aeropuerto. Karen no había venido aún a la agencia. Recogí mi coche en el *parking* y regresé directamente.

—¿Dónde? ¿Aquí o al domicilio de Karen?

—¡Aquí, naturalmente! Nunca volvía ella de una misión al exterior sin pasar por mi despacho. Esta tarde, por vez primera, no la hemos visto.

Chambord vino a detenerse ante Berta.

—Solamente una vez te haré la pregunta, gorda guapa. ¿La viste, sí o no?

Berta apretó los dientes.

—Ya no tenemos nada más que decir —dijo roncamente Rochemont—. Todo acabó aquí con mi regreso.

—Claro, claro —sonrió Chambord—. La pequeña expedición al 55 del bulevar Renan formaba parte de un programa anexo. Preguntadle a mi compañero qué opina.

Señalaba a Laurent, que había extraído de la vitrina otro grupo de bailarinas y las comparaba orientándolas hacia la luz.

Abrió la mano izquierda, proyectando su contenido.

El primer jade estalló en pedazos contra la repisa de la chimenea.

—¡No, eso no! —aulló Rochemont levantándose.

Grimaldo le obligó a sentarse empujándole por el pecho.

—Tus muñequitas de barro de color nos importan un pepino. Hablad, o de lo contrario todo se convertirá en chatarra.

Impasible, Laurent hizo migas el segundo grupo de danzarinas. Y regresó a la vitrina para aprovisionarse de nuevo.

Aprobó Chambord:

—Duro y sin contemplaciones. Es el único medio de soltarles la lengua. Ya se pondrán charlatanes al cabo de un minuto de pim-pam-pum...

Se inclinó sobre Berta.

—La pregunta sigue en el aire, gorda guapa. ¿Desembuchas o no?

Berta se sacrificó para detener el estropicio.

—Karen vino.

—¿Cuándo?

—Usted acababa de salir por la cocina.

—¿Habló algo del asunto que se trató en Ginebra?

—Ni una palabra. Es mi marido el que se cuida generalmente de hacerla hablar.

—No empecemos a soltar trolas, señora Berta. Karen no me hizo el salto solamente para enseñarte la cara antes de volver a su casa.

—Karen me reclamó su salario. Y un mes de anticipo más las comisiones. Me dijo que ya no contásemos con ella a ningún precio. Le di tres mil francos que había en la caja y se marchó sin decirme ni adiós.

—¿Qué pasó luego?

—Mi marido llegó media hora después y la noticia no le agradó. Hemos telefoneado varias veces. Pero Karen no contestaba. Entonces, Justin decidió que fuésemos a verla para tratar de arreglar las cosas.

Intervino Laurent:

—Y entraron en su casa, que ya es la mía también, como si fuera la tasca de la tía Frasca. Devuélvanme al instante lo que rapiñaron allí.

—¡No cogimos nada! —lloriqueó Rochemont.

Laurent agarró un buda y lo estrelló contra la chimenea.

El fajo de billetes apareció mágicamente. Lo guardó Laurent.

—Atención ahora, guapa rolliza —avisó Chambord—. Lo que sigue explícalo sin mentir porque es sumamente importante.

Dócilmente, explicó Berta:

—Karen había abandonado ya su apartamento. Solamente encontramos su abrigo y su bolso. Lo habían registrado todo, menos el bolso. Nos disponíamos a irnos cuando alguien entró sorprendiendo a mi marido en el dormitorio. No hice más que defenderle al golpear a este señor.

—Olvidado, señora —dijo Laurent galantemente—. Ya me he cobrado con el deterioro de algunos *bibelots*. La próxima vez se lo pensarán mejor antes de introducirse en casa ajena. ¿Con ganzúa o con llaves falsas? ¿Repito la pregunta?

Se volvió hacia la vitrina, eligiendo un Kuan-Yang de dulces ojos pudorosos.

Justin Rochemont lanzó rápidamente el llavero hacia Laurent.

Dijo Chambord:

—Nunca te hice ningún piropo, Grimal, pero comparado con esta pareja, casi me parece decente.

Le sonrió a Berta.

—Cuando vine a verte, guapaza lozana, hemos atravesado este piso de parte a parte, dejando todo abierto tras nosotros, ¿te acuerdas? En el momento de salir al patio, me volví. Pero tapabas completamente el umbral y no pude ver lo que pasaba a tu espalda. Dímelo, anda. No seas remolona, Berta hermosa.

—Cerró usted mal la puerta de la antesala al entrar, y Karen se introdujo sin ruido en el apartamento. Se hallaba a unos pasos de nosotros y creo que nos oyó.

—¿Estaba sola?

—No vi a nadie más.

—No es verdad. En aquel momento, tenías miedo. Estoy seguro que había alguien con Karen. Estabas ansioso verme marchar.

—Sí. La acompañaba alguien.

—¿Quién?

Calmosamente, señaló Berta a Laurent:

—Este. El que rompe nuestros jades.

Chambord y Grimaldo se volvieron a la vez hacia el hombre que habían encontrado sin sentido en el cuarto de Karen.

—¿Es verdad esto? —preguntó Chambord secamente.

Laurent se aproximó a una vitrina. La alzó abrazándola y la dejó caer de frente desde todo lo alto.

Justin aulló y quiso brincar, mientras Berta lanzaba insultos.

Grimaldo calmó al matrimonio en delirio repartiendo equitativamente bofetones. Se apaciguó la pareja, quedando algo atontada.

Confesó alelada Berta:

—He mentido. Era otro.

—¿Quién?

—No lo conocemos. Estaba en el umbral, fuera de la antesala, y lejos de mí. No pude verle bien. Era pelirrojo, cara gorda, ojos claros. Se quedó ahí parado mientras yo discutía con Karen, como para prestarle ayuda en caso necesario. Cuando Karen salió de aquí con su dinero, él había cambiado de sitio y la esperaba en la puerta del patio.

Grimaldo destornillaba los bloques magnéticos del teléfono. Dijo:

—Quietos y callados. Cualquier intento de incordiar, y vais a parar a la fosa.

Rochemont baló:

—¿Y mis jades?

—Pagaré un tubo de pegamín cuando hayamos encontrado a Karen —declaró Chambord magnánimo—. Si os asomáis a la calle antes de mañana, no habrá ni pegamín para encolar vuestros huesos.

En el patio, dijo Grimaldo:

—Estuviste demasiado blando, Chambord. Hubiésemos tenido que insistir algo más. Por ejemplo, meterles los pies en el hornillo encendido.

Dijo Chambord:

—Nunca me gustó la carne de cochino asada. Bien, ya solamente nos queda seguir la pista del pelirrojo que mencionó la gorda. Por cierto, Laurent, ¿qué profesión tienes?

—Me ocupo de caballos.

—¿Es una profesión?

—Muy buena, si se practica con talento.

—¿Crees en el pelirrojo que describió la jamona?

—Opino que lo inventó.

—Lo describía muy bien —manifestó Grimaldo.

La calle estaba desierta. Caía la nieve en cortinilla suave.

Laurent y Grimaldo seguían a Chambord, que giró la esquina.

—¿Dónde vamos? —quiso saber el mestizo.

—Parece mentira, hombre. ¿No te acuerdas ya de un pelirrojo que nos sirvió de buen samaritano para mitigar nuestras escalas?

—¿Buen samaritano?

—El que da de beber al sediento.

—Esto es chino para mí —rebatía ceñudo Grimaldo.

—Lo viste esta mañana. Y esta misma tarde.

—¿Dónde y cuándo?

—En ese sitio tan apacible llamado Clos Bar.

CAPITULO X

El camarero Silvio gesticulaba de modo extraño tras la cortina a medias apartada del club. Su diestra señalaba una dirección que no era la del bar ni la de la sala grande.

Se aproximó Duclos.

—Piden por usted en la trastienda, patrón.

Empujó Duclos la puerta encristalada y se encontró ante dos conocidos.

Una mueca feroz descubrió los blancos dientes de Grimaldo.

La figura que tenían delante correspondía a la descripción hecha por Berta Rochemont.

Gil Duclos se tranquilizó al descubrir una silueta familiar en la sombra cerca de la pequeña escalera.

—Buenas noches, socio —dijo Laurent—. Soy yo quien los trajo aquí por el patio. Consideré inútil intrigar a la clientela. ¿Podemos charlar un poco aquí?

—Naturalmente... ¿Quieren beber algo?

—Después —dijo Chambord—, si sale usted blanco como la nieve del cielo tras el interrogatorio.

Intervino Laurent:

—Un interrogatorio inútil. Por lo menos quinientas personas podrían atestiguar que Duclos no ha abandonado su bar ni un segundo durante todo el día.

—Lo cual no excluye que Karen se escapó con la complicidad del personal.

—Escucha, Duclos —expuso Laurent—. Karen ha desaparecido y tenemos que hallarla como sea. Es preciso que nos ayudes.

—Cuenta conmigo, Pascal. ¿Qué quieres saber?

—¿Dónde fue Karen?

—Yo la llamé al teléfono porque adiviné en su mirada que deseaba marcharse. Le propuse salir discretamente por el patio, o bien subir arriba a esperarte en mi piso.

—Eso se pone interesante —opinó Grimaldo mirando la escalera—. ¿Y qué pasó luego?

—Ella entró aquí. Instantes después subí arriba. Pero Karen no estaba. Por consiguiente, se había ido por el patio y ya no me preocupé más.

Chambord señaló el techo con el índice.

—¿Puedo visitar su leonera, Duclos?

—No veo inconveniente. Sígueme.

Gil Duclos les precedió por la escalera, y abrió.

Chambord exploró minuciosamente las dos salas.

Regresó lamentándose:

—Me he pasado el maldito día abriendo y cerrando armarios.

Bajaron en silencio.

—El club está completo, pero la sala está casi desierta a esta hora hueca —dijo Duclos—. Les serviré algo para remontarles la moral

Laurent se imaginó un milagro. La vería de nuevo. Ahora.

Pero la banqueta de su Lorelei estaba desocupada.

Al instalarse, encendió Chambord un cigarrillo y contempló fijamente a Laurent.

—No te preocupes más por nosotros. Después de todo, se trata de tu mujer. Vete a denunciar la desaparición a la comisaría más cercana.

—Esperaré hasta la medianoche. Hasta la madrugada, si consientes en retrasar tu partida, Chambord.

—No puede ser —dijo Grimaldo mirando su reloj—. Nos espera un impaciente fulano llamado Harif.

—Y habrá que contarle algún embuste. Decirle por ejemplo que Karen es la discreción personificada.

—Eso no es un embuste —dijo secamente Laurent—. Lo garantizo.

Duclos vino a escanciar tres dobles de añejo coñac Reisler.

Se inclinó hacia Laurent.

—No me dejaste tiempo para darte una buena noticia. Ganó «Metek». Tienes a tu cuenta cincuenta y cinco mil francos. El viaje que anhelas hacer con Karen a Jamaica.

Se retiró discretamente.

Comentó Chambord:

—Darte la enhorabuena es prematuro. Me temo que eres de los románticos que prefieren un amor al dinero.

—Si es el amor de Karen, sí.

Frunciendo el ceño, añadió Laurent:

—Repasemos los acontecimientos. Se organizó desde esta mañana una especie de carrera de galgos en torno a Karen que desempañaba el papel de liebre. Borremos a la pareja Rochemont. Eliminadme a mí, aunque sospechasteis por un instante, pese a haberme encontrado sin sentido en el cuarto de Karen. Por último, el embuste de Berta señalaba como posible cazador a Duclos, pero habéis comprobado que es absurdo. Desconozco el secreto que Karen compartió con vosotros para su desgracia. Sin embargo, estaréis de acuerdo que cualquier granuja podría sacar un buen beneficio de este asunto, sin reparar en los medios. Por consiguiente, hay sin duda alguien más metido en esta maldita carrera.

—¿Quién?

—Qué sé yo... Si lo supiera, ya estaríamos yendo a por él.

Miró su vaso. La película del día pasaba y volvía a pasar bajo sus párpados entornados. Los detalles olvidados recobraban de golpe

importancia.

Rostros apenas entrevistos surgían de la sombra con una nitidez singular.

Y de pronto en su mente se produjo como un chasquido y la película se detuvo sobre una última imagen.

Movió Laurent el índice, doblándolo varias veces.

Se aproximó con su serenidad episcopal Gil Duclos.

—¿Me llamaste, Pascal?

—No hemos tenido en cuenta los comparsas, porque eran numerosos y su papel parecía insignificante. Sin embargo muchos de ellos rondaron de cerca a Karen, ya sea en París, en Ginebra, o durante el trayecto. Y algunos ya la conocían.

Se dirigió ahora directamente a Duclos:

—Nos explicaste cómo salió Karen de tu bar. Pero no acabaste de aclarar qué medio exterior empleó.

—Comprendo tu indicación —adivinó Duclos—. Karen atravesó el patio y subió a un taxi que la esperaba ante el porche de la avenida Montaigne.

—¿Cómo puedes saberlo, Duclos?

—Precisamente Zac Lazar acababa de saludarme a través de los cristales del bar. Estoy, pues, seguro que estacionaba en su parada habitual. Y Karen tuvo que encontrarle fatalmente al salir del patio.

—¿Quién es Zac Lazar? —quiso saber Chambord.

—Un chófer que trabaja casi exclusivamente para mí. En cualquier momento puedo disponer de él para acompañar a algún cliente con prisa. Le conocen. Fue él quien los recogió a primera hora esta mañana en Orly. Fue él quien volvió a llevarles a Orly a las once.

Laurent indagó:

—¿De qué hablasteis tú y Grimaldo en el taxi?

—De nuestro asunto, lógicamente, pero en términos tan vagos que ni el más gran indiscreto podía comprender gran cosa.

—Lazar chapurrea pasablemente el inglés —aclaró Duclos.

Puntualizó Grimaldo:

—Cada vez que Chambord y yo abordamos un tema confidencial ante terceras personas utilizamos automáticamente el árabe.

Concretó Duclos:

—Zac Lazar es un «pie negro», un repatriado de Argelia. Comprende y habla el árabe tan bien como ustedes dos.

El rostro atezado del mestizo se puso aún más terroso. El de Chambord se congestionó levemente.

Masculló por fin Grimaldo:

—¿Recuerdas de lo que hablamos en el taxi?

—En la espera ante la agencia, charlamos de todo un poco. Repasando el protocolo de la negociación, citando cifras, lugares, personas... ¡Y el

maldito orejetas no se perdió ni media!

Levantándose amenazador dijo Grimaldo:

—Vamos de nuevo a hacer una visita a los Rochemont. Si están conchabados con el chófer, esta vez les extirparé la verdad.

Rebatió Laurent:

—Ir a «masacrar» el resto de las porcelanas ya no tendría la menor utilidad práctica. Hay algo mejor por hacer.

—¿Qué, por ejemplo?

—Apuesto diez mil francos contra una cerilla a que Zac Lazar ya no está en la parada de la avenida y tardará en asomarse. Es hacia él donde debemos encauzar la acción.

—¿Sabes su dirección? —preguntó Chambord.

—Mi socio Duclos nos la va a dar.

CAPITULO XI

La casa era un antiguo merendero en la ribera del Sena, en un paraje abrupto. Se entraba por un patio enmarcado de glorietas que servían ahora de depósitos de toda clase de desperdicios.

El piso inferior estaba casi a ras de agua. A poca distancia las luces del puente de la Jatte daban toda clase de reflejos al panorama desolado. Por el puente desfilaban constantemente coches, autobuses y camiones.

Cada noche, Zac Lazar tenía tertulia con amigos de Orán que charlaban lúgubrementes ante el bar ruinoso, desprovisto de género y limpieza desde hacía diez años.

Todos confiaban en el golpe de fortuna que les haría pronto ricos sin trabajar.

Fátima, la bien domada esposa de Lazar, apareció en el patio al oír la bocina del «DS» azul. Fue a abrir la verja de dos batientes para ceder paso al coche.

—¿No debías estar de turno esta noche?

—Estoy reventado, más de lo que te puedes figurar. ¿Hay gente en casa?

—La *smala* de siempre. La banda de vagos que viene a espantarse el hambre aquí. Algunos llevan desde el mediodía sin salir.

—Vas y les dices que se larguen pero ya mismo. ¿Está Mandrian?

—Llegó el primero de todos.

—Que se quede sólo Mandrian. Apáñatelas para retenerle discretamente sin intrigar a los demás.

Guardó el taxi en su chabola de planchas onduladas. Apagó todas las luces, tendiéndose a un lado del mullido asiento.

Poco después oía las vociferaciones de Fátima en la salita del restaurante convertido en sala de estar.

Los argelinos fueron desfilando. Lazar solamente quería hablar con Mandrian, que era el más inteligente de todos. Y también el más fuerte.

Pasaron unos minutos y reapareció Fátima para ir a cerrar la verja con dos vueltas de cadena.

—Ya puedes venir, Zac. Estaremos tranquilos para el resto de la velada.

Abrió la portezuela para ayudar a bajar a su dueño y señor. Le extrañó verle el semblante tan crispado.

—¿Qué te pasa?

Había sangre reseca en la manga de la canadiense.

Lazar entreabrió su colete forrado de cordero descubriendo el profundo corte que le surcaba el cuello, del lado izquierdo.

—*Budiú!* —clamó ella—. ¿Perdiste mucha sangre?

—La que me dio la gana. Me sobra. Ya te contaré luego.

Mandrian, siniestro y fornido, de espesa pelambre rizada, esperaba en el umbral.

—¿Otra camorra con los bravucones del grupo Sirtak? Acabarás por dejar toda tu dentadura en estas grescas, Zac.

—Esta gresca valía la pena —afirmó Lazar.

Entró en la sala titubeando como un borracho. Fátima cerró la puerta.

—Escuchadme bien los dos... Vamos a hacer un montón de dinero con tal de que aguantéis quieta la lengua. Si pudiese llevar el negocio yo solo, no mezclaría a nadie en el golpe, pero la faena es de envergadura. Traigo lo esencial aquí.

Se dio una recia palmada en la frente.

—El resto exige mucha inteligencia y un rato de caradura. Conozco gente que pagaría al instante cien mil dólares, dije dólares, para saber lo que acabo de averiguar. Y otros me darían el doble para comprar mi silencio. Pero hay que agarrar inmediatamente al toro por los cuernos.

Miró a Mandrian.

—Vas a arreglártelas para comunicarte rápidamente con un hotel de Ginebra, el Continental. Pedirás que te conecten con el apartamento de Harif. Como el nombre te lo indica, podrás chalanear directamente en árabe. Ahora os diré de lo que se trata...

Fátima oyó tintinear la cadena de la verja. Alzó la cortina de una ventana.

—Uno de estos parásitos que viene a sablear...

—¿Cuál de ellos?

—Un grandullón. No le veo bien la carota, pero es sin duda Barka o su hermano mayor.

—¡Mandrian! Vete a decirle que estoy enfermo y échalo fuera. Si insiste, le zumbas. Comprenderá.

El matón salió haciendo jugar sus músculos espalderos.

Lazar, quitándose la canadiense, se examinó la herida en el espejo. El corte le dolía y estaba sangrando de nuevo. Se sentó a horcajadas en una silla.

Fátima subía del piso inferior con una caja botiquín. Le aplicó con destreza un apósito.

—Mañana saldrás con tu jersey de cuello vuelto, y nadie verá nada. No te muevas, que voy a buscar una venda.

Volvió ella a bajar y entre dientes murmuró Lazar:

—No voy a poder salir en tres semanas por lo menos...

Mandrian no regresaba. Al cabo de un instante, volvió Lazar la cabeza con dificultad y vio una silueta perfilarse tras la sucia cortina de la entrada.

—¿Qué diablos haces ahí fuera, imbécil? ¡Entra ya!

Los que entraron eran dos. Mandrian había desaparecido.

Lazar reconoció inmediatamente a sus clientes de la madrugada. Su rostro ancho y lívido fingió un asombro jovial:

—¡No esperaba volver a verles! Les hacía rumbo a las Américas o cualquier otro rincón lejano. ¿Perdieron algo en mi taxi?

Rió Chambord.

—Exacto, exacto. Y como encima no queremos perder tiempo, voy a refrescarte la memoria primero. Luego, discutiremos.

Le propinó un gancho fulminante en el mentón, enviándole al suelo con la silla.

Grimaldo se deslizaba ya por la escalera descendente. En la planta baja fue interceptado por una morena, flaca y de aspecto agresivo, que llevaba una bandejilla clínica con vendajes y esparadrapo.

—¿De dónde sale ahora éste? —rechinó Fátima—. ¿No te ha dicho Mandrian que hoy no se fía y mañana menos?

—Tenemos un asunto urgente con Lazar y durante unos diez minutos no queremos ser molestados. Menos por ti, arpía

La cogió súbitamente por los codos y la empujó como un bólido dentro de la primera habitación.

Fátima maulló, tratando de arañar y morder.

Grimaldo la abatió sobre la cama, la aturdió de un puñetazo, y se afanó en atarle tobillos y muñecas.

Una sólida mordaza de esparadrapo acabó de convertir en inofensiva a Fátima.

Tras explorar las habitaciones subió a la sala, donde reinaba un profundo silencio.

Chambord estaba en pie ante el hombre extendido boca arriba.

Expuso Grimaldo:

—Abajo nada interesante. He empaquetado una arpía que debe ser su buena mujer. No nos molestará, ni tampoco el grandullón encerrado en la caja del carbón. ¿Crees que este marrano hablará?

Tocó con el pie a Lazar que, abriendo los ojos, incorporó muy lentamente el busto, apoyándose en sus muñecas atadas.

Con aspecto furioso prometió:

—¡Me las pagaréis! ¿Qué os he hecho?

Grimaldo le preguntó en árabe:

—¿Nos crees cretinos cultos y blandengues, *chivaxi*? {3}.

Lazar fingió no entender, contemplando con expresión de extrañeza asombrada a su interlocutor.

Sin dejar de observarle, interpeló Chambord a Grimaldo, también en árabe:

—Hay un hornillo de gas tras el mostrador. Lo enciendes y pones a calentar una cacerola vacía. Cuando el fondo esté bien coloradito, se lo

colocáremos sobre el ombligo. Te apuesto un *burnus* o una cena de *cuscús* que este gordo tunante nos recitará la mitad del Corán.

Lazar siguió fingiendo que no entendía. Preguntó:

—¿Dónde está mi mujer?

Chambord replicó en francés:

—Está durmiendo. Vivita y coleando. Pero si sigues tomándome la cabellera, la cacerola será también para ella.

Esperaba pillar al embustero, pero Lazar no cayó en la trampa.

Preguntó estúpidamente:

—¿Cuál cacerola?

—El tío tiene «castaña» —comentó Chambord—. Peor para él. Enciende el hornillo y calienta la cacerola. Mientras, visitaré estos grandes armarios que adornan el fondo de la sala. Adoro abrir y cerrar armarios, sobre todo cuando son así de grandotes.

La mayor parte de los armarios estaban vacíos. Visitó el resto de la casa. Por ninguna parte había rastro de Karen.

Ninguna huella de sangre sobre el *linoleum* del suelo.

Regresó hacia el mostrador.

Lazar empezaba a agitarse inquieto al olfatear el acre olor del metal calentándose.

—¡No podéis hacerme esta canallada!

Chambord lo extendió sobre la espalda, aplicándole la suela en el pecho, y le arrancó los faldones de la camisa en brusco estirón.

—Trae la cacerola, Grimal.

Lazar empezó a proferir una sarta de súplicas, injurias y juramentos de inocencia. En árabe.

Se desmayó al ver aproximarse el fondo rojo de la cacerola a su estómago.

—Es asombroso —comentó Chambord—. Un tipo duro desmayándose así como una ursulina.

El jarro de agua que recibió en el vientre despertó instantáneamente a Lazar, que se miró asustado el ombligo al aire, creyendo verlo chamuscado.

—Oído atento, Zac. Buscamos la rubia que embarcaste hacia las siete en tu taxi, en la esquina del Club Bar. ¿La recuerdas, no?

—¿Cuál... rubia?

—La misma que esta mañana fuimos a recoger contigo y que nos llevamos a Orly. La conoces.

—Vagamente. Conoce uno a tanta clientela... Bueno, sí, de acuerdo. Una cliente rubia subió en mi taxi a esta hora donde dices.

—¿Y dónde dices que está ahora?

—Yo qué sé...

—Valdrá más que lo sepas, hombre.

Le engañó a Lazar la sonrisa de Chambord. El hombre de la cacerola le parecía mucho más temible.

—La llevé primero a la agencia donde estuvieron ustedes esta mañana. Al apear, pareció tener miedo y me pidió que la acompañase. Se presentó una robusta comadre. Yo me quedé en la antesala. Mi clienta y la comadre se hablaron agriamente en un idioma que no comprendí. Finalmente la gorda se eclipsó un instante, para regresar con un sobre, que entregó a la joven, y nos marchamos.

Chambord comprobó que la declaración coincidía con lo dicho por Berta salvo en la identidad del hombre acompañante. Por consiguiente, ella quiso proteger a un cómplice.

O por lo menos, Lazar formaba parte del equipo encargado de vigilar a Karen. Y sin duda le vino la tentación de aprovechar para él solo el beneficio de una operación que parecía escaparse a los Rochemont.

—¿Y después?

El chófer miró unos instantes al vacío.

Chambord comprendió que iba a fabricarles una historia inventada.

—La llevé a su casa. Pero había mucho tránsito. Tardé más de veinte minutos. Entré con ella y caímos en una trampa: la comadre de la agencia estaba allí con un tipo cubriéndose con gorro ruso. Al querer defender a mi clienta, me vi metido en la gresca y me gané un arañazo a fondo que me largó la gorda. No miento. Puedes ver que todavía sangra.

Chambord se inclinó arrancándole el apósito de un tirón.

—Un arañazo, ¿eh? Es un precioso cuchillazo aplicado desde atrás y que te buscaba la carótida. Dos centímetros más y este embustero se iba a rellenar la fosa.

—Ni arañazo ni cuchillazo —intervino Grimaldo—. Hablo como especialista. Es un casco de botella lo que le cortó así el cuello.

Chambord puso una rodilla en tierra, para escrutar de cerca el rostro de Lazar, que rebosaba temor.

—No fue la jamona de la agencia, ni su marido, ni Karen, la que te puso en este estado, Zac.

—No. Había alguien más en el apartamento. Un tipo al que empujé al huir y que me falló por poco.

—Sí, hombre —sonrió Grimaldo burlón—; un tipo con un casquete lila y una pluma de avestruz en el trasero. No le escuches más, Chambord. También él nos engatusará como los Rochemont.

CAPITULO XII

Pascal Laurent montaba guardia al volante de su coche parado ante la verja.

Volvióse sobre el respaldo. Su mirada se detuvo en el abrigo blanco. Lo cogió. El tejido era suave al tacto como una piel viva.

El bolsillo izquierdo estaba vacío. El derecho contenía un par de guantes, y al fondo un objeto duro y frío que extrajo con asombro.

Un cuchillo de muelles. El resorte proyectaba una hoja de doble filo, de un largo aproximado de diez centímetros.

Y poco a poco aquel cuchillo le dio una idea esperanzadora.

La sangre que manchaba el abrigo podía muy bien no ser de Karen, sino de gente que se hubiese peleado salvajemente en torno a ella.

Atravesó el patio. Acercándose distinguió la silueta de Grimaldo que paseaba lentamente de una ventana a otra.

Chambord estaba arrodillado ante el mostrador, justo a un hombre maniatado.

Entrando, mostró Laurent el cuchillo abierto.

—Lo acabo de encontrar en un bolsillo del abrigo. Es un cuchillo nuevo.

Chambord lo cogió, mostrándoselo al chófer.

—¿Es tuyo? Si no me dices la verdad, lo captaré y entonces te hincaré la hoja en la tripita.

—Este cuchillo no es mío. Debe ser el que me golpeó dos veces en el apartamento de la muchacha.

—¿Dos veces? Luego lo aclaras. ¿Estabas en complicidad con los Rochemont?

—Sólo para vigilar a la chica. Cuando llegamos a su casa, la chica me pidió que la esperase en la antesala. Aproveché para abrir la puerta a los Rochemont, que no iban a tardar en venir. Y entonces, un tipo entró tan aprisa que no tuve tiempo de volverme. Recibí primero en la espalda un golpe que me pareció un codazo... Después la hoja me mordió la garganta. Luché desesperado, y el cuchillo cayó al suelo. Otro golpe, que debió ser con las dos manos juntas en la cabeza, me hizo perder el conocimiento. Los Rochemont me reanimaron. Estaban furiosos porque ella había desaparecido. También mi agresor, como es lógico... Me sentía a punto de marearme, y bajé al garaje para volver aquí antes de desmayarme.

No mentía.

Laurent ayudó a Chambord a colocar a Lazar sobre un costado.

Un cerco rojo apenas húmedo aureolaba un estrecho desgarrón de su suéter. Pero le habían apuñalado por la espalda, y la hemorragia interna

estaba sofocándole.

—¿Viste al que te apuñaló?

—Solamente sus pies, al caer. Llevaba zapatos de lagarto, negros, con una correa, con broche plateado. Exactamente como tu compinche..., el que antes empuñaba la cacerola...

Grimaldo sonreía, retrocediendo paso a paso en busca de la penumbra.

—Si no hubiese temido ensuciar mi estilete, no hubiese fallado a este entrometido.

—Vaya, vaya —rió Chambord—. O sea que cuando te encontré en el bar, regresabas de casa de ella... ¿Dónde está Karen?

—Mientras peleaba con éste, ella se largó. Salí corriendo, pero ya no estaba a la vista. Sin abrigo no debió ir muy lejos con este tiempo.

—De eso estoy seguro. Corres más rápido que ella. Pero ¿por qué todos estos disimulos, Grimal, grandísimo hijo de Alí Buonaparte? Era inútil traerme aquí...

—Es un lugar formidable para arrancarles los secretillos a los testarudos, con una herramienta como ésta... Además, el piso de abajo abre directamente sobre el río. Basta abrir y se hace la limpieza de cadáveres. Muy cómodo. Tarde o temprano los Rochemont vendrán aquí. Estoy dispuesto a esperarles toda la noche si es preciso. ¿Cuánto te apuestas a que Karen vendrá con ellos?

Chambord hacía girar entre sus manos el cuchillo, pensativo.

—¿Dónde lo compraste?

—En el aeropuerto. Un mal cuchillo, que me ha traicionado a la hora H. Un poco más a la derecha, este tío caía fulminado y agarraba yo a Karen por la melena.

—Comprendo ahora por qué me entregaste tan dócilmente tu estilete. Te daba así aspecto de inocente de todo rastro de sangre. ¿Qué hiciste con Karen, grandísimo puerco?

Pascal Laurent se abalanzó repentinamente.

Grimaldo quedó contra el suelo, aplastado con tal violencia que el suelo de madera podrida crujió lúgubrementemente.

—Magnífico —aprobó Chambord levantándose—. Voy a buscar algo con qué amarrarle. Le aplicaremos su cacerola y cantará la salmodia...

Grimaldo intentaba doblar lentamente las piernas para aplicar una doble coz.

Laurent le asestó un golpe de canto con la diestra.

Grimaldo se quedó muy quieto.

Muy cerca de Zac Lazar.

Y de pronto, al levantarse, Laurent miró extrañado el repentino respingo que daba Grimaldo.

Aproximándose, comentó Chambord:

—Dejé el cuchillo en el suelo. Sin doble intención, palabra. Pero Alá es

grande y la venganza sigue siendo el placer del moribundo.

Zac Lazar, agonizando, reía satisfecho.

Había hundido todo el cuchillo en el corazón de Grimaldo.

Chambord y Laurent salieron al patio.

La caja posterior del «DS» azul brillaba en su garaje de chapas.

Dijo Chambord:

—Me he pasado la jornada abriendo armarios y cajas. No voy a dejar este portaequipajes sin abrir, diantres.

Alzó bruscamente la cubierta posterior.

Lanzó una alegre exclamación.

Ahí estaba Karen Benedek.

Replegada en gatillo, aterida de miedo y frío.

El primer rostro que ella entrevió en la penumbra del muelle fue el de Pascal Laurent, que la transportaba en brazos, riendo con la misma sincera jovialidad infantil que el canadiense Chambord.

* * *

Desde el cuarto de baño de su apartamento, explicó Karen:

—Nunca sospeché que Zac Lazar estuviese vendido a los Rochemont. Además, fue él quien me salvó al retardar a Grimaldo. Salí corriendo al ver a Grimaldo apuñalar a Lazar. Le tiré mi abrigo a la cara. Bajé corriendo al garaje. Oí los pasos de Grimaldo. ¿Dónde iba yo a esconderme? Tenía la mano puesta en el portaequipajes del taxi. No estaba cerrado. Me colé dentro, y la tapadera restalló, cerrándose. Poco después estuvo rondando mucho tiempo Grimaldo. La llegada de un coche, seguramente el de los Rochemont, le hizo huir. Pero yo me quedé prisionera en aquel cofre helado. Pero pensé que era mejor esperar un poco antes de dar señales de vida. Un momento después, bajó Lazar y el «DS» arrancó

—Con destino a una estación-término que por poco más es la tuya, preciosa. ¿Qué hacía el cuchillo en tu abrigo?

—Supongo que lo pondría en el bolsillo Rochemont para embrollar a los eventuales investigadores.

Karen, transformada en ama de casa, con largo batín, apareció en el umbral del cuarto de baño.

Su mirada ignoró a Chambord. Estaba fija en Laurent, que acababa de limpiar el abrigo blanco con gestos acariciantes.

—¿Y ahora qué hacemos, Pascal? —preguntó ella acercándose.

Laurent la acogió a su lado y, enlazándola por los hombros, señaló con la barbilla al canadiense.

—Lo queramos o no, Karen, la decisión pertenece a Chambord.

—¿Por qué, Pascal?

—Lo que tú oíste en la conferencia...

—Por un oído me entró y por el otro salió.

—El petróleo no nos interesa, Chambord —afirmó Laurent.

—Es que en Djabelah no hay petróleo —dijo Chambord riendo.

—El príncipe Mulud ya me dijo que las perforaciones de la meseta solamente soplan viento.

—Es una bella imagen —admitió Chambord—. Es una historia estúpida y a la vez maravillosa. Buscábamos petróleo y encontramos agua. Una formidable reserva de agua embalsada desde el diluvio en una hoya geológica tan extensa como el lago de Lemán. Harif, que trabajaba con nosotros, fue a ver al emir y le propuso un negocio apabullante. Íbamos a vender agua a los capitostes árabes y europeos de Kuwait, de Bahreir y del Quatar que se gastan muchos millones para cambiar el agua de mar en potable. ¿A qué precio? Exactamente al que perciben por su petróleo en bruto: dos dólares la tonelada.

—¿Y el emir aceptó?

—Y tanto. Nos reclamó cien millones de dólares para explotar su agua en propiedad. Encontramos financieros locos o muy ambiciosos que aceptaron este trato. El consorcio ha quedado formado muy en secreto. Los dos japoneses se encargarán de los trabajos de equipo material, el ruso realizará un *planning* de irrigación, y el tejano tendrá la gerencia de la explotación. Estos cuatro individuos van a invertir en el asunto un capital considerable. Y lo más hermoso de todo es que los vendedores de petróleo no podrán hacer nada contra nosotros, ya que solamente vendemos agua.

—Entonces, ¿por qué tanto empeño en conservar el asunto secreto?

—Sólo hay que temer una reacción brutal de los ministros árabes oponiéndose a los derechos del emir para favorecer a sus concesionarios del golfo Pérsico. Pero colocados ante el hecho ya consumado, todos los gobiernos se conformarán. Ahora bien, la consigna del silencio deberá ser mantenida por todos nosotros hasta el último segundo.

—¿Y si te afirmo que a mi esposa y a mí nos importa todo eso un comino? Ella y yo sólo queremos salir lo antes posible hacia una isla llena de sol, naturaleza y paz.

Chambord se puso en pie, desperezándose.

—Mi obligación es llevaros conmigo a Ginebra, y luego a Djabelah. Gastos pagados, naturalmente.

Murmuró Karen:

—Nuestra luna de miel se interrumpió ya con el viaje a Ginebra. ¿No tienes sensibilidad, Boris Chambord?

—Estando en juego muchos millones, soy una tortuga. Explícaselo a tu preciosa mujercita, Pascal.

—Escucha, Karen... En cierto modo, gracias a él, estás viva. Gracias a él, yo te tengo...

—¡Basta, basta! *Baraka*, que dicen los hijos de Mahoma —sonrió el canadiense—. No hay nada más despistado que dos enamorados. Por una

vez voy a ser romántico. Llévate a tu tesoro a Jamaica.

Sonriente, se levantó Laurent.

Apretó la diestra del canadiense.

—¿Qué le contarás a Harif?

—Más o menos un bello cuento árabe. La rubia sirena Karen murió apuñalada por Grimaldo, quien a su vez murió a manos del agonizante marido de Karen. ¿No es precioso?

—Esta vez es más precioso lo verdadero, *gentleman* Chambord —dijo Karen.

Inclinándose, besó Chambord la diestra de Karen.

—Señora, es la primera vez que me insultan así. ¿Caballero, yo? Conste también que es la primera vez que beso la mano a una dama. Abur. Feliz viaje. Potente luna de miel.

A solas, Karen y Pascal Laurent permanecieron unos instantes en silencio.

Por fin dijo Pascal:

—Las maletas. Nos vamos volando. Regresaremos en primavera.

Y silbó los compases de *Primavera eterna* apenas el avión de la BEA se remontaba en el aire rumbo al Caribe.

A su lado, Karen parecía una Lorelei. Ausente, lejana, embelesada.

Tenía ya la compañía ideal, según definición del propio interesado: marido, hermano, amante, amigo. Todo en una sola pieza. Pascal Laurent.

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

{1} Corredor de apuestas

{2} Petrolífera Europea del Cercano Oriente.

{3} Término expresando vejez en sabiduría. Es titulo que suele aplicarse a *caídes* jefes de tribu o de *cábila* guerrera